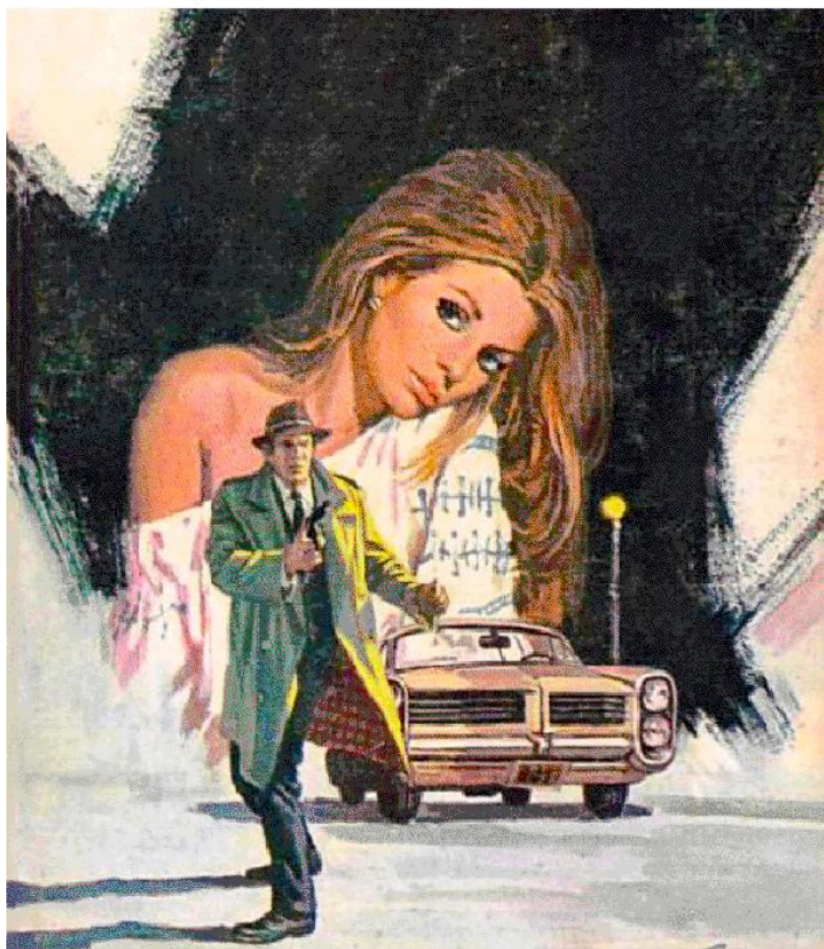


sonata en rojo mayor

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



BURTON HARE

**SONATA EN
ROJO MAYOR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 722
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 51.425 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1976

© Burton Haré, 1976

texto

© Antonio Bernal, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.331. — Sobra un atajo.

En Colección PUNTO ROJO:

708. — Una tumba en el paraíso.

En Colección LA HUELLA:

52. — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

El cuchillo estaba allí, frente a sus ojos, sobre la alfombra.

El cuchillo parecía haber sido sumergido en una fuente de pintura roja. La pintura roja brillaba en él, y había manchado la alfombra alrededor.

Parpadeó porque aquello no tenía sentido.

Caídas en el suelo, esparcidas, vio una colección de fotografías obscenas. Horribles y que le dieron náuseas. Estaban tan cerca de sus ojos que distinguía hasta los menores detalles de unas escenas nauseabundas.

Volvió a mirar el cuchillo. No necesitaba moverse para verlo, solo girar un poco la mirada. No se había engañado. Era un cuchillo de larga hoja como los hay en todas las cocinas.

Lo más absurdo era aquella pintura roja...

¿Pintura?

Susan estuvo a punto de gritar cuando la comprensión penetró en su cerebro con la violencia de una bala.

¡Sangre!

Era sangre...

Dio un respingo y se incorporó. Solo entonces diose cuenta de que había estado tendida en una mullida alfombra blanca.

¡Sangre!

Inesperadamente oyó un leve rumor a su izquierda. Se volvió vivamente. Junto a unos cortinajes vio la silueta de un hombre alto y delgado, de cara cadavérica, vestido con un traje marrón. Solo que fue una visión tan fugaz como un chispazo. Una décima de segundo antes el hombre estaba allí, pero cuando creía que estaba viéndolo todavía ya se había esfumado, ya no estaba.

Espantada creyó que era víctima de una pesadilla. No podía haber visto a nadie, y menos con aquella cara muerta, amarillenta y siniestra.

Lo que no era ninguna pesadilla era aquel cuchillo ensangrentado y aquellas horribles fotografías.

Susan ahogó un quejido. La cabeza le daba vueltas. Por un instante se preguntó si estaría herida y aquella sangre sería suya... Luego diose cuenta de que no experimentaba dolor alguno, que podía moverse y que a pesar de las náuseas todo su cuerpo respondía a los estímulos de su voluntad.

Fue incorporándose poco a poco. Se encontraba en una sala espaciosa, alumbrada por una recargada lámpara de pie que brillaba en un ángulo, junto a una mesa baja, una estantería repleta de libros y unas butacas de alto respaldo.

De una de las butacas sobresalían unas piernas de hombre cuyos pies calzaban zapatos negros, brillantes y puntiagudos. Unos zapatos burdos que nadie que se creyera elegante llevaría jamás.

Contuvo el aliento ante la inmovilidad de aquellos pies. El hombre debía haberla oído moverse. Debía haber oído también al hombre del traje marrón. ¿O no había habido tal hombre?

—¿Quién... quién es usted? —balbuceó.

Ella misma sintió un escalofrío ante la angustia que delataba su voz.

El individuo de los zapatos ordinarios no replicó. No se movió tampoco.

Susan avanzó dos pasos, se detuvo, volvió a adelantar otro paso vacilante hacia la butaca.

—¿No me oye? —jadeó—. ¡Quiero saber quién es usted!

De repente un trueno retumbó allá fuera. Casi al instante la lluvia martilleó en los cristales con creciente violencia y un relámpago llameó al otro lado de las cortinas obligándola a dar un respingo.

Dominando el terror, rodeó la butaca.

Dio tal alarido que su voz ahogó el trueno y el salvaje batir de la lluvia en el ventanal.

Luego, con un quejido de bestia herida, retrocedió a trompicones huyendo de la horrenda visión que había aparecido ante sus ojos...

La visión de un hombre materialmente cosido a cuchilladas.

Había tremendas heridas en el cuello y el pecho; incluso una cuchillada salvaje había levantado parte de su cuero cabelludo. La sangre aún desbordaba de aquella carnicería empapando las ropas

hacia el mullido asiento del butacón.

Susan creyó que estaba volviéndose loca. Se llevó las manos a la cara como queriendo escapar de la horrenda pesadilla... y un nuevo alarido brotó de su garganta, desgarrándole las entrañas como si aquel cuchillo infernal se hundiera en su propia carne.

¡Porque sus manos estaban tan tintas en sangre como el cuchillo!

Empezó a sollozar espasmódicamente, al tiempo que apartaba las manos cual si fueran seres vivos y amenazadores, como serpientes prontas a atacarla.

Pero no era solo en las manos que tenía sangre. Ahora se daba cuenta. También el vestido estaba salpicado de rojo, y las finas medias, y sus zapatos de alto tacón...

¿Cómo era posible; qué habían hecho con ella?

Se fue a trompicones de un lado a otro, alejándose de la butaca. Dio de bruces contra los cortinajes y vio la lluvia deslizándose en los cristales como un torrente..., pero era un torrente rojo, de sangre y de muerte.

Gritó y alejóse del ventanal, trastabillando, apoyándose en la pared, en los muebles. La puerta apareció ante ella como una liberación.

Se precipitó por ella... descendió un tramo de escaleras...

La lluvia la azotó como un millón de látigos calándola hasta los huesos en un instante. Echó a correr, ahogándose, gimoteando y castañeteándole los dientes, por una calle mal alumbrada y desierta y en cuyo centro el agua se precipitaba igual que un tumultuoso río...

En medio de la noche aulló como una bestia herida y, sin destino ni control, siguió huyendo de aquel horror que la perseguía semejante a una demoníaca pesadilla inspirada por el infierno.

Solo que no podía huir de ella misma.

CAPÍTULO II

Había llovido de modo ininterrumpido durante dos días. La ciudad parecía sumergida en agua y niebla cual si el otoño se hubiera convertido ya en invierno.

Jerry Hoffman dio un vistazo por la ventana hacia el abismo que se abría hasta la calle y arrugó el ceño. Detestaba ese tiempo invernal como detestaba tantas otras cosas, como el trabajo, por ejemplo.

Hoffman tenía su propio código de conducta. Inmoral, ruin y canallesco, pero código al fin que le permitía vivir en un alto nivel de placeres y comodidades.

Todo era cuestión de astucia, inteligencia y valor, ni más ni menos. El mundo estaba lleno de gentes impacientes porque alguien, astuto y atractivo, les librara de su dinero.

Hizo una mueca al exterior, donde se agolpaban las nubes, y después consultó su reloj.

En el mismo momento alguien llamó a la puerta del lujoso apartamento. Hoffman caminó a través del alfombrado *living* y abrió resueltamente.

Se quedó un tanto perplejo al ver que no había nadie allí. Se asomó fuera, viendo el espacioso rellano. Un hombre alto, delgado, vestido con un traje marrón, iniciaba el descenso de las escaleras.

Fuera de aquel desconocido no vio ni sombra de otro ser viviente alguno.

—¿Fue usted quien llamó? —dijo de mal talante.

A punto de desaparecer en la escalera, el hombre ladeó la cabeza, sorprendido. Hoffman vio una cara amarillenta, desagradable como la de un cadáver. El hombre no respondió y se perdió de vista escaleras abajo.

Refunfuñando entre dientes, Hoffman cerró, volviendo sobre sus pasos. Apenas había llegado de nuevo a la sala, el timbre de la

puerta tintineó por segunda vez.

Masculló un juramento y volvió sobre sus pasos. Abrió la puerta bruscamente, exclamando:

—¿Qué clase de juego es...?

Su voz se ahogó en una suerte de sordo quejido cuando el cuchillo centelleó sobre él por primera vez.

Luego, se desató la demencial orgía de sangre.

Alguien estaba moviéndola. Tuvo conciencia de ello al sentir en sus brazos la presión de unas manos que tiraban brutalmente como si quisieran arrancárselos.

Gimió entre dientes, inconsciente. Las manos la soltaron y su cuerpo golpeó sobre una superficie blanda.

Susan Lougman parpadeó. Estaba de bruces y el largo y denso tejido de una alfombra acariciaba su cara. ¿Qué estaba sucediendo, era otra espantosa pesadilla?

Se incorporó sobre las manos y movió torpemente la cabeza. Sus largos cabellos negros pendían lacios bajo su rostro. Estaban húmedos y pegajosos, a pesar de que al recobrar en parte la conciencia recordó perfectamente que no llovía cuando entró en el edificio.

Unos pasos quedos le hicieron dar un respingo. Descubrió a la tenue luz del aposento la silueta de un hombre alto, extremadamente delgado y vestido con un traje marrón, que desaparecía como un fantasma más allá del arco de una puerta.

El terror la paralizó. Aquel hombre diabólico... recordaba de nuevo... la sangre, el cuchillo...

Dio un salto y cuando trataba de correr hacia aquella puerta descubrió la horripilante visión esparcida por la alfombra.

Se tambaleó, sacudida por espasmos de horror. Vio también el cuchillo tinto de sangre... Pero lo horrendo era el hombre, o lo que quedaba de él. Parecía materialmente esparcido por toda la estancia, y había sangre por cualquier lado que mirase.

Y la había en sus vestidos, en su ropa interior, en sus medias y en sus manos y en sus cabellos largos y pegajosos...

Chilló y su mente pareció sumergirse en una suerte de neblina protectora, como si quisiera aislarla de aquel espanto. Su voz rebotó en las tapizadas paredes y retumbó en sus propios oídos con tono agonizante.

Fue tambaleándose de un lado a otro del cuarto. Apoyó la cara en los cristales de la ventana, notando el frío en la mejilla y viendo bajo ella la ciudad sumergida en niebla. Entre aquel sudario gris reverberaban los halos luminosos de los grandes anuncios publicitarios.

Sollozó, presa de histérico terror, negándose a volverse para no ver de nuevo el atroz espectáculo de sangre y de muerte. Fue deslizándose a lo largo del muro, la desorbitada mirada fija en la pared, hasta llegar a la puerta.

Pasó por ella, olvidada ya del hombre que viera desaparecer por aquel mismo lugar..., el hombre del cuchillo quizá; el infernal engendro que tal vez estuviera aguardándola agazapado... con otro cuchillo...

La puerta del apartamento estaba cerrada. Alargó la mano para abrirla y entonces descubrió la sangre que aún goteaba de sus dedos. La retiró violentamente, sollozando, y con salvaje frenesí se restregó las manos contra las ropas. Luego, envolviéndose la mano con la falda dio vuelta al tirador y atisbo el pasillo.

No había nadie a la vista, pero recordaba haber visto al portero en el vestíbulo. No podía salir con el ensangrentado aspecto que mostraba.

Miró atrás. Había un impermeable de plástico en una percha. Un impermeable masculino y que cuando se lo echó sobre los hombros la cubrió hasta los pies.

Cerró la puerta, ocultando las manos bajo la tela impermeable. Más allá de los ascensores había una puerta cerrada sobre la que un rótulo indicaba que aquella era la salida de emergencia.

La abrió, vio unas tenebrosas escaleras y se precipitó por ellas descendiendo velozmente hacia el lóbrego callejón posterior del inmenso edificio de apartamentos.

El callejón era un túnel de sombras. Altos cubos de basura se alineaban en las aceras y un batallón de gatos deambulaban a sus anchas aquí y allá, con sus ojos fosforescentes mirándola acusadores por semejante intrusión en su reino maloliente.

Corrió entre sollozos, trastabillando, hasta la esquina. La niebla se ofrecía como una segura protección contra las miradas ajenas, no obstante vaciló antes de internarse en aquella calle más iluminada.

Ahora recordaba el lugar donde dejara el coche..., debía llegar

hasta él y estaría a salvo...

Caminó dominando sus ansias de correr. Nadie se fijó particularmente en su ridícula apariencia cubierta por un impermeable que semejaba una túnica.

Tan pronto abrió la portezuela del coche emitió una especie de quejido agónico. Dejó caer el impermeable en la acera y se precipitó dentro del vehículo.

Sus manos temblaban atrozmente cuando conectó el encendido. Seguían temblando al emprender la marcha. Encendió las luces y giró para alejarse por la avenida. Los haces de luz amarillenta inundaron un instante la esquina y el hombre parado en ella cual una estatua rígida y quieta; una estatua alta, delgada, cubierta con un traje marrón...

Susan chilló locamente y hundió el acelerador. Los ojos quietos del hombre siguieron el inseguro paso del coche hasta que este se perdió en la distancia y solo entonces se movió, encerrándose en una cabina telefónica. Introdujo unas monedas, disco un número y empezó a hablar con absoluta calma.

CAPÍTULO III

El teniente Nedick se volvió de espaldas a todo lo que aparecía sobre la alfombra. Sentía un duro nudo en la garganta y por un instante temió que sus hombres le vieran vomitar.

—Es la segunda carnicería en dos días —rezongó, mirando a través de la ventana—. Alguien se ha vuelto loco de remate.

No obtuvo respuesta. Los expertos de la Brigada de Homicidios cumplían su cometido con menos indiferencia que otras veces, porque un crimen tan salvaje, sangriento y brutal, no se ofrece a los policías con frecuencia.

De vez en cuando, alguno emitía un comentario, o ahogaba una arcada dominando las náuseas. Sin embargo, trabajaban con su rutinaria eficiencia.

—¡Correll! —Gruñó.

Uno de sus detectives fue hacia la ventana.

—¿Algún indicio?

Correll se encogió de hombros.

—Decenas de huellas —dijo—. La mayoría de mujeres. Las de hombre supongo que pertenecerían a ese pobre tipo.

—¿Qué pasa con el cuchillo?

—De cocina, como el que encontramos hace un par de días. Yo diría que pertenecían al mismo juego a juzgar por la empuñadura, aunque el de hoy es más pequeño que el otro.

—Ocúpate de averiguar quién era ese fulano, sus medios de vida, sus familiares... Todo eso.

—Muy bien. De momento sabemos su nombre.

—Sí, ya sé... Jerry Hoffman. Y es todo lo que hemos averiguado en casi una hora. No es mucho, ¿eh?

Correll dio media vuelta refunfuñando y desapareció.

Minutos más tarde, un agente de uniforme entró, un tanto indeciso. Sus ojos recorrieron el sangriento espectáculo y su cara se

volvió de color gris.

Frank Nedick le hizo una seña.

—¿Qué trae usted ahí, agente?

—Disculpe, señor... Este..., el sargento encontró este impermeable tirado en la calle. Tiene manchas sospechosas...

El teniente se lo arrebató de las manos. El largo impermeable mostraba, efectivamente, claras manchas oscuras.

—Sangre —gruñó entre dientes—. Dígale al sargento que anote claramente en su informe el lugar exacto donde lo halló. Y que busque en los alrededores interrogando a todo el vecindario. Quizá alguien haya visto al tipo que lo perdió. ¿Comprendido? —Sí, señor.

—¡Prescott!

Otro de sus detectives acudió. También estaba pálido y no parecía tan seguro de sí mismo como de costumbre.

—Este impermeable... Llévelo al laboratorio. Quiero saber a qué grupo pertenece esta sangre y si coincide con las muestras de la víctima.

—De acuerdo, teniente. ¿Va a quedarse usted mucho tiempo?

—El suficiente para averiguar si algún vecino oyó o vio algo sospechoso, aunque lo dudo.

Encendió un cigarrillo. Había un buen grupo de curiosos en el pasillo, alargando el cuello cada vez que se abría la puerta para intentar ver el interior del apartamento.

Una hora más tarde, Nedick estaba convencido de que nadie de toda aquella gente podía ayudarle en lo más mínimo.

—Lo único que hemos sacado en claro —comentó mientras descendía por el elevador con dos de sus ayudantes—, es que el tal Hoffman era una especie de sultán o algo así.

Las mujeres se le daban como hongos.

—¿Cree usted que una mujer puede haber cometido una salvajada como esta?

—Maldito si lo sé. Pero quienquiera que lo haya hecho no cabe duda de que estaba loco, u odiaba a Hoffman como al demonio.

—¿Un marido celoso, quizá?

—No parece obra de un marido burlado. Un tipo en estas condiciones le hubiera pegado un tiro, o clavado un cuchillo tal vez. Pero no se habría recreado haciéndolo tiras.

—Pues si tenemos un loco furioso y sanguinario suelto por la

ciudad nos va a caer buena, teniente —comentó el detective de primera Graber—. Los periódicos armarán el escándalo de costumbre y la gente acabará pidiendo las cabezas de los policías.

—La mía la han exigido muchas veces y aún la conservo sobre los hombros —dijo el teniente—. Lo malo no son los periódicos, sino el demente... si sigue matando.

Al llegar a la calle se encontraron con que llovía de nuevo. La niebla se había espesado y a pesar de que faltaba muy poco para el alba, la oscuridad era absoluta.

El coche partió hacia jefatura sin utilizar la sirena. En la calle quedaron otros coches policíacos y una ambulancia, esperando para llevarse los despojos de lo que una vez fuera un hombre.

En esa madrugada mortal, el teniente Frank Nedick no era precisamente un hombre feliz.

Daniel Ryder salió del edificio de piedra y contempló la sucia luz de una mañana gris, húmeda y desapacible.

Bueno, al fin había sucedido. No es que la cosa le hubiera pillado de sorpresa. Incluso puede decirse que lo había deseado con fervor durante los últimos tiempos. Sin embargo, siempre resulta amargo y desagradable que a uno le den un puntapié en el trasero para echarlo del lugar que había sido su vida durante años.

Plantado en la acera titubeó. Por primera vez en años no tenía nada que hacer. No sabía a dónde dirigirse. Era un hombre libre, anónimo y amorfo como cualquiera de los que se cruzaban con él, apesurados, por la acera.

Al fin echó a andar con las manos hundidas en los bolsillos, sin rumbo concreto, dejando que su mente recorriera velozmente los pasajes más violentos, excitantes o sobresalientes de su accidentada vida.

Apenas sin advertirlo penetró en el bar donde solía desayunar en sus esporádicas estancias en la ciudad. El mozo le saludó, y lo mismo hicieron las camareras y un par de clientes.

Encaramándose a un taburete, gruñó:

—Café negro, Jim, aunque en realidad debería emborracharme para estar a tono.

—¿A tono con qué, señor Ryder?

—Con mi nueva vida.

—Me parece que no acabo de entenderlo.

—Mejor para ti. La cosa no resulta ni siquiera divertida.

Encogiéndose de hombros, el mozo le sirvió el café y comentó:

—A juzgar por lo que ha dicho, cualquiera pensaría que se ha quedado usted sin trabajo, señor Ryder.

—Eso es exactamente lo que me ha ocurrido. Estoy cesante. Mejor dicho, retirado. —¿A sus años?

—Ahí está el nudo de la cuestión.

—¿Y qué va a hacer?

—No lo sé. O quizá sí... Odio esta ciudad, y este clima, y la humedad y todo lo demás. Creo que me largaré a California. O a Florida quizá... ¿Qué lugar elegirías tú?

—Florida, seguro. Dicen que es el lugar de todo el país donde hay más mujeres hermosas por milla cuadrada.

—Mujeres las hay en todas partes.

—Pero no como las de Miami.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, por lo que leo en las revistas, por las fotos... Todo eso.

—Ya veo.

—Le aseguro que si yo pudiera elegir no lo dudaría un minuto. Saldría hacia Miami como un cohete.

El mozo se alejó para atender a otros clientes, dejando a Ryder sumido en sus incertidumbres.

Cuando regresó, Ryder dejó unas monedas sobre el mostrador, se encasquetó el sombrero y dijo como despedida:

—Te mandaré una postal desde Florida.

Y se fue dejando a un mozo perplejo y boquiabierto. Realmente, a él tanto le daba Florida como el infierno. Para ser exactos, Daniel Ryder ya había estado anteriormente en ambos sitios...

CAPÍTULO IV

Susan Lougman taconeó por la acera hasta la esquina. Llevaba una pequeña maleta en la mano y un bolso que colgaba de su hombro.

Se detuvo, mirando arriba y abajo de las calles a la espera de un taxi.

Fue así como descubrió la oscura sombra del hombre alto y delgado. Le pareció que acababa de apearse de un coche estacionado junto a la acera.

Contuvo el aliento, llena de espanto. El hombre estaba parado junto al coche, como preguntándose qué dirección tomar.

Susan, a pesar de que no podía distinguir el menor detalle de él, hubiera apostado la vida a que vestía un traje marrón y tenía un rostro estremecedor.

El hombre se inclinó hacia la ventanilla y pareció hablar con alguien. La portezuela se abrió y otro individuo saltó a la acera.

Susan dio media vuelta precipitadamente y echó a andar aprisa alejándose de la esquina.

Instantes después, oyó tras ella los pasos de los dos desconocidos.

Casi echó a correr, dificultada por el peso de la maleta.

Los pasos, tras ella, avivaron también el ritmo.

¡La seguían!

No iba a poder librarse de la pesadilla demencial en que estaba sumergida desde hacía días. Días y noches de terror, de loca angustia tan irresistible que la había obligado a huir.

O a intentar huir.

Al llegar a la siguiente esquina la dobló ahogando los gritos de terror que pugnaban por abrirse paso en su garganta.

Se estrelló ciegamente contra un hombre cargado también con una maleta y estuvo a punto de caer.

—¡Eh, despacio, hermana! —jadeó Daniel Ryder, recobrando el equilibrio.

En su precipitación, ella trató de esquivarlo. Las dos maletas chocaron con violencia y la suya se abrió, esparciendo por la acera todo su contenido.

Aterrada, oyó los pasos que doblaban la esquina. Dio un grito, soltó la maleta y echó a correr.

Estupefacto, Ryder contempló la colección de prendas íntimas cuajadas de encajes, los vestidos... y luego levantó la mirada a tiempo de ver a los dos hombres que reducían el paso para mirar también el sorprendente espectáculo.

Uno de ellos gruñó:

—¡Rápido, se escapa!

El más alto echó a correr. El otro fue a seguirle, pero una zarpa dura como el hierro cayó sobre su hombro, inmovilizándole.

—¿Qué clase de juego es el que están llevando a cabo? —rezongó Ryder.

—¡Suelte, idiota!

Dio un tirón y pareció muy sorprendido al darse cuenta de que la garra que le sujetaba no cedía en absoluto.

—Ustedes persiguen a esa mujer —insistió Ryder—. Me gustaría saber por qué...

—Así que le gustaría, ¿eh?

—Seguro.

—Se lo voy a explicar, maldito estúpido...

La «explicación» empezó por un seco chasquido en su mano derecha, al tiempo que echaba el brazo hacia atrás tomando impulso.

Ryder se apresuró a soltarle. Vio el relámpago del acero cuando el cuchillo de resorte saltaba hacia él y se movió con tal velocidad que fue algo visto y no visto.

El arma pasó zumbando por donde una décima de segundo antes estaba aún el cuerpo de la presunta víctima. De nuevo la sorpresa dejó helado al rufián, que necesitó de toda su capacidad de reacción para adaptarse a la nueva situación.

Solo que hay situaciones en las que un hombre más o menos normal no puede adaptarse jamás.

Esa era una de ellas.

Ryder volteó el brazo. Su mano estaba rígida como una tabla y se estrelló contra la cara de su adversario pegándole con el borde.

Fue como si le hubiese golpeado con un hacha. Sonó un seco crujido de huesos rotos y el individuo del cuchillo se fue dando tumbos por la acera hasta golpear la pared más próxima con la cabeza.

Cuando cayó al suelo ya no se movió más. Ryder se miró la mano, cuyo borde exterior era tan duro como el hierro, y rezongó un juramento por lo bajo. Luego, echó a correr abandonando la maleta en pos del que desapareciera tras la muchacha.

Se movía con una asombrosa facilidad, veloz y silencioso a lo largo de la oscura calle.

Se cruzó con un par de sorprendidos ciudadanos que le gritaron algo desagradable.

Instantes después oyó un apagado grito. Se detuvo y escuchó conteniendo el aliento.

Había un estrecho pasadizo que partía las casas por la mitad. Era oscuro como la tinta y le pareció que el grito había brotado de aquel pozo de tinieblas.

De modo que se internó por él con la cautela de un tigre al acecho.

Captó el roce de unos pies y un gruñido sordo.

Ya no le cupieron dudas y exclamó:

—¡Quieto, deje en paz a esa mujer!

Pensó que gritándole al desconocido, este se desentendería de su víctima por el momento.

Acertó, solo que las atenciones de aquel individuo resultaron de tal naturaleza que le obligaron a tirarse de bruces sobre el sucio suelo de la calle para esquivar la primera bala.

Aún retumbaba el estampido cuando hubo un segundo disparo, y otra bala aulló al rebotar contra la pared, mientras el estruendo de los pistoletazos amenazaba con levantar en vilo todo el vecindario.

Ryder maldijo en voz alta. Oyó la carrera del otro al huir como un gamo hacia el lejano extremo del callejón y él se apresuró a avanzar a su vez.

La mujer yacía en el suelo, inconsciente. La tomó entre sus brazos, retrocediendo por donde había venido.

Ella empezó a gimotear. Luego, abrió los ojos y lanzó un grito.

—Tranquilícese, ya pasó... No tiene nada que temer.

Susan le miró en la oscuridad con unos ojos desorbitados, sacudiendo la cabeza de un lado a otro como un péndulo.

El la dejó en la acera, sosteniéndola aún para que pudiera mantenerse de pie.

—El hombre que la perseguía, huyó —dijo Ryder—. Y creo que será mejor que usted y yo nos larguemos también si desea eludir la publicidad.

Se oían los silbatos de los policías que acudían al lugar donde sonaran los disparos.

—Sí... Sí... ¿Está seguro que aquel hombre horrible...?

—No sé si era horrible o no, pero en todo caso se dio prisa en desaparecer de los alrededores. ¿Se siente con fuerzas para andar?

—Sí, creo que sí...

—Apóyese en mí.

—¿Adónde me lleva?

—Al lugar donde quedaron nuestras maletas si no tiene inconveniente.

—¡Oh, fue usted...!

—La víctima del choque, ciertamente.

La obligó a apresurar el paso, sosteniéndola por la cintura y sintiendo la dureza del cuerpo en su mano. Un cuerpo joven y fuerte, aunque en aquellos momentos estremecido por el pánico sufrido.

Había cuatro noctámbulos cerca de las maletas. Los cuatro se habían reunido en torno al hombre derribado junto al muro y apenas les prestaron atención cuando se detuvieron.

Uno comentó:

—Deben haberle golpeado con un mazo...

—Yo me largo de aquí —dijo otro—. No quiero que me compliquen en un crimen...

Ryder enarcó las cejas al escuchar ese comentario. Se dio todavía más prisa en introducir las ropas de la muchacha en la maleta. Luego la cerró como pudo, cargó con la suya en la otra mano y murmuró:

—Démonos prisa nosotros también. Odio tener que dar demasiadas explicaciones a la policía, ¿sabe?

—Pero... dijeron algo de un crimen...

—¿No se dio cuenta de que estaban borrachos? Vamos, sígame...

Echó a andar con pasos presurosos. Ella tuvo que correr para colocarse a su altura. Finalmente acompasó su marcha a la de Ryder y los dos se perdieron en las sombras de la noche, como si buscaran la protección de las tinieblas para olvidar todo aquel episodio de muerte que, una vez más, surgía en la vida de Susan como una prolongación de una pesadilla demencial de la que resultaba imposible escapar.

CAPÍTULO V

—No tiene que contarme nada si no lo desea —dijo Daniel Ryder con una leve sonrisa—. Pero aquellos dos tipos llevaban muy malas intenciones.

Susan le miró, todavía sobrecogida por el episodio vivido. La cara sombría de aquel hombre tenía algo de siniestro tal vez. Sus ojos eran claros, tranquilos y desapasionados como si estuvieran de vuelta de todo y ya no quedara nada en este mundo capaz de alterarlos. Su mentón era agresivo, y su boca firme y dura. Tenía una nariz recta, y había canas en sus sienes, y pequeñas arruguitas en torno a sus ojos.

Se sorprendió al darse cuenta de súbito del color oscuro de su piel curtida, como si hubiera pasado muchísimo tiempo bajo el sol tropical.

Suspiró.

—¿Me creará si le digo que ni siquiera sé quiénes eran?

El se encogió de hombros.

—He visto cosas más raras en mi vida. ¿Pensaba emprender un viaje?

Ella dirigió una mirada a las dos maletas. Estaban sentados a una mesa de un bar casi desierto.

—Sí —murmuró—, lo mismo que usted.

—He reservado plaza en un avión. Me dirijo a Miami siguiendo el consejo de un barman.

—¿Qué?

—Olvídelo. ¿Adónde va usted?

Susan abrió la boca como si fuera a responder. Se quedó un instante en suspenso y luego la cerró poco a poco con una mirada perpleja en sus grandes ojos verdes.

—No lo sé —musitó de pronto—. Solo quería marcharme.

—¿De su casa?

—De esta ciudad.

Daniel Ryder frunció el ceño. Todo aquello se le antojaba algo más que sorprendente.

—Está metida en un lío —dijo—. ¿Quiere un consejo?

Susan le miró. Estaba intrigada por la extraña emanación de fuerza y de poder que se desprendía de aquel hombre.

—No creo en los consejos de un desconocido. Usted no puede saber nada de mí. —Muy poco, ciertamente. Pero sí le daré el consejo. No huya. Sé por experiencia que nada se resuelve dando la espalda a las dificultades.

—Usted no sabe..., es algo horrible.

—Cuéntemelo.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo —susurró sin voz—. No me creería. Nadie me creería...

—Pruebe a ver.

—No —repitió.

—Entonces, acuda a su esposo.

Susan dio un respingo en la silla.

—¡Oh, no! —jadeó—. A él nunca... ¿Cómo sabe...?

—Lleva usted una alianza de matrimonio. Si estuviera divorciada se la habría quitado y si fuera soltera no la llevaría.

Ella se miró las manos. Sus dedos se crisparon un instante porque se le antojó que estaban manchados de roja sangre.

Lo único que había en ellos era la alianza matrimonial y Un anillo con un pequeño diamante engarzado.

—Es usted muy observador —murmuró, ocultando las manos bajo la mesa—, pero no puedo acudir a mi marido.

El se encogió de hombros. Consultó su reloj.

—No me queda mucho tiempo —dijo—. Puedo acompañarla a dónde desee antes de dirigirme al aeropuerto.

Susan miró en torno con expresión de desamparo. En la gran ciudad ella estaba sola, espantosamente sola.

—No sé... Supongo que habré de tomar algún tren...

—¿No tiene a dónde ir?

—No.

—¿Y su familia?

—No me queda nadie.

—Amigas tal vez. Una mujer tan hermosa como usted no puede salir sola de semejante apuro. Aquellos tipos eran pistoleros.

—Quizá enviados por él...

—¿A quién se refiere?

Ella respingó, mirándole sobresaltada. Ni siquiera se había dado cuenta de sus últimas palabras.

—No sé lo que hablo..., estoy aturdida. ¿Quiere llevarme a la estación?

—¿A Grant Central?

—Sí.

—Como quiera.

Llamó al camarero con una seña y pagó las bebidas. Ambos salieron de la cafetería y en la acera, Ryder detuvo un taxi.

Dejaron las maletas al chófer y Ryder le ordenó conducirles a la gran estación de Nueva York.

Durante todo el trayecto apenas hablaron. Daniel Ryder observaba de vez en cuando el bello perfil de aquella mujer atormentada por algo oscuro y siniestro que le hubiera gustado conocer.

De pronto pensó en el hombre que había matado con un solo golpe de su diabólica mano. El hombre que había intentado hundirle un cuchillo en la barriga. Resultaba algo absurdo que precisamente cuando estaba libre del mundo de violencia que había sido el suyo, surgiera en su camino un episodio siniestro en el que un desconocido había perdido la vida.

Susan dijo de pronto:

—¿Lo mató usted?

El emitió un gruñido.

—Ni siquiera sabe usted si aquel tipo estaba muerto o no.

—Lo dijeron aquellos hombres...

—Peleé con él. Empuñaba un cuchillo y trató de agujerearme la piel. Era el compañero del que la atrapó a usted.

—¿Cómo..., cómo lo hizo?

—¿Qué?

—Cómo lo mató quiero decir.

—Hace demasiadas preguntas. Solo le golpeé, eso fue todo.

Se abstuvo de mencionar que durante muchos años había sido entrenado hasta el agotamiento en el arte de matar con las manos

desnudas.

—No lo comprendo... Usted ni siquiera estaba alterado... No sé nada de usted...

—Le dije mi nombre.

—Y eso es todo lo que sé.

El sonrió en la oscuridad del vehículo.

—Es todo lo que necesita saber, excepto que soy su ángel custodio esta noche. El taxi se detuvo y Ryder pagó la carrera. Tomaron sus maletas y entraron en el inmenso vestíbulo de la estación.

A pesar de lo intempestivo de la hora había decenas de hombres y mujeres cruzando en todas direcciones, o esperando la hora de tomar su tren sentados en los cómodos bancos, leyendo periódicos y revistas o aburriéndose.

—¿Y bien? —dijo Ryder.

Ella miró hacia las taquillas.

Solo una estaba abierta y ante ella esperaban tres o cuatro viajeros.

—Preguntaré cuál es el primer tren que sale —susurró la muchacha—. Adiós y gracias por salvarme la vida.

—No sabe si querían matarla o no...

—Me ha salvado, Ryder.

Le tendió la mano. Antes de soltarla, él la miró al fondo de sus profundos ojos verdes.

—Tal vez saldría ganando si tomase usted un avión —dijo con voz tranquila.

—¿Hacia Miami quiere decir?

El asintió. Por primera vez, la sombra de una sonrisa aleteó en los pulposos labios de Susan Loughman.

—No quiero ir tan lejos. Además, la cosa no saldría bien. Llevo la fatalidad conmigo, créame... Adiós.

El la escoltó aún hasta la ventanilla cargado con las dos maletas. Susan habló brevemente con el empleado y luego pidió un billete de coche cama para Newsbick.

Cuando se apartó de la taquilla tomó su maleta y durante un largo instante ambos se miraron con fijeza. De nuevo, Susan experimentó aquella especie de vértigo que la proximidad de él le producía.

—Cúidese —dijo Ryder—, no siempre tendrá un ángel custodio a su lado.

Ella asintió. La mirada brillante de sus ojos fue apagándose poco a poco. De pronto giró sobre los pies y se alejó.

Daniel Ryder la siguió con la mirada hasta que ella hubo desaparecido.

Titubeó unos instantes. Luego, fue a la ventanilla y adquirió un billete para Newsbick. Le quedaba el tiempo justo para telefonar dando orden de cancelar su pasaje aéreo, así que se dio prisa en hacerlo y minutos más tarde el tren emprendía la marcha ruidosamente.

Hundido en su butaca, Daniel Ryder se preguntó por primera vez por qué diablos había cambiado de planes tan súbitamente. Aquella mujer era hermosa, de eso no cabía duda. Pero en su vida las había habido mucho más bellas, apasionadas y hasta misteriosas. De modo que esa no podía ser la razón.

De cualquier modo eso no le preocupaba. Sabía que estaba viajando hacia un lugar desconocido, en pos de una misteriosa mujer a causa de la cual había muerto un hombre de un seco hachazo de su mortífera mano...

El tren dejó atrás la ciudad. Más allá de la ventanilla todo eran tinieblas. Ryder suspiró. Quizá todo esto fuera debido a que en su subconsciente no se resignaba a dejar abandonada su vida accidentada y violenta, y si la cosa era así no cabía duda que era como para preocuparse.

Y no se preocupó. Al menos no se preocupó por esas posibles y oscuras motivaciones. Sin embargo, sí se sumergió en el problema que Susan significaba, en sus dificultades, en la extraña amenaza que parecía suspendida sobre su hermosa cabeza.

Hacer frente a las amenazas, a los misterios, a la muerte en todas sus formas había sido su profesional norma de conducta durante muchos años. Jamás había vuelto la espalda y no iba a hacerlo precisamente cuando la motivación de todo ello era algo personal, algo en lo que había penetrado sin obedecer órdenes, sin la exigencia del deber. Era la primera vez en su vida y viviría esa nueva experiencia hasta el fin.

CAPÍTULO VI

El hombre no era más que una mancha imprecisa, alto y delgado.

Ya tenía un nombre: Traje Marrón.

El horror había empezado con él. Con su aparición, con su constante amenaza, con sus fugaces apariciones y desapariciones. Era la encarnación del mal, la fuerza desencadenante de tanta sangre y de tanta muerte.

Y ahora estaba ahí, acechándola, su cara de cadáver viviente tensa y fija como una máscara...

¿O había empezado mucho antes todo aquel espanto, todo aquel mundo de obscena violencia, toda aquella pesadilla del infierno?

Ojalá supiera cuándo empezó todo. Tal vez entonces podría librarse de tanta sangre. De aquellos cuchillos, de aquellos cadáveres despedazados, de aquella persecución inspirada por el diablo.

Pero no lo sabía. Todo lo que era capaz de precisar en su mente era la necesidad de huir. Huir cada vez más lejos, donde no la alcanzara Traje Marrón, donde no hubieran cuchillos, ni muertos ni sangre.

Pero no era tan fácil. Tras ella siempre había alguien. Oía sus pasos quedos, seguros y regulares como el golpeteo de la lluvia en los cristales de aquella ventana...

Pasos.

Pisadas de hombre. Pasos.

Y el cuchillo. Estaba allí, solo que ahora aún brillaba, aún no estaba manchado de rojo, aún no había vertido sangre.

Pero la derramaría, no cabía duda. No había escapatoria.

SU PROPIA SANGRE.

Porque el cuchillo se cernía sobre ella, y estaba indefensa, y sola, y desamparada.

Nadie podía ayudarla, ni siquiera aquel sombrío desconocido...

El cuchillo iba a desgarrarla a ella esta vez. Y era otra mano la que lo empuñaba...

El cuchillo descendía ya sobre su pecho. Pero era algo extraño, absurdo y terrible a la vez, porque el arma descendía despacio, como si una cámara ralentizara el movimiento.

Ella se miraba el seno firme y palpitante, y luego el cuchillo... y gritaba...

Gritaba.

Su propio grito la despertó y dando un salto quedó sentada en la litera, jadeando como una bestia acorralada.

El compartimiento estaba oscuro. Solo se oía el sordo y sincopado rumor del tren lanzado a toda velocidad a través de la noche.

Estaba sola.

Encendió la pequeña lamparita de la litera para asegurarse de que no había nadie agazapado en las sombras.

Estaba sola.

Sollozó al comprobarlo y cubriéndose la cara con las manos se quedó balanceándose suavemente atrás y adelante, estremecida por el llanto, dudando aún de que todo aquel horror hubiera sido solo el producto de una pesadilla.

Oyó el bronco silbato del tren y un instante después luces fugaces cruzaron vertiginosamente más allá de la ventanilla. Brillantes chispazos en la oscuridad, como los que parecían estallar en su propio cerebro.

Tardó mucho tiempo en calmarse lo suficiente para razonar con calma. Entonces se tendió y cerró los ojos, pero no apagó la luz.

El sueño se negó a acudir a su desesperada llamada hasta que ya el alba se insinuaba en el rectángulo de la ventana.

CAPÍTULO VII

En Nueva York el alba pilló al teniente Nedick en su oficina, sorbiendo el tibio café contenido en un vaso de papel parafinado.

—El impermeable pertenecía a la víctima —dijo el detective de primera Prescott—. Lo he comprobado sin ninguna duda.

—El asesino debió cubrirse con él para ocultar la sangre que forzosamente debía salpicarlo de la cabeza a los pies. Luego, lo abandonó al llegar a dónde tenía el coche...

Otra pista que no nos lleva a ninguna parte.

—Bueno, por lo menos hemos reconstruido la vida de Hoffman.

Nedick emitió un gruñido de disgusto.

—Toda una historia. Un estafador, chantajista y rufián de la peor especie, especializado en engatusar mujeres. Todo un ejemplar. Antes de que hayamos interrogado a una décima parte de las damas que ese bastardo expolió nos habremos hecho viejos y estaremos jubilados. Y aún nos quedarán todas las demás, y sus maridos, y sus otros amantes; o los padres de algunas, y... ¡El infierno, Prescott!

—Si ese loco rabioso vuelve a matar, sabremos que todo ese trabajo de rutina es inútil.

Frank Nedick se estremeció ante la perspectiva de otro crimen.

—Ojalá haya decidido tomarse unas vacaciones —deseó fervientemente—. Ocúpate de los sanatorios mentales, de los manicomios tanto privados como estatales y averigua si escapó algún demente peligroso en estas últimas semanas. O si soltaron a cualquiera de ellos al que creyeran curado, pero cuyas tendencias pudieran llevarle a cometer esas orgías de sangre. ¡Vamos, muévete!

Prescott abandonó el despacho y Nedick arrojó el vaso a la papelera, levantándose. Se sintió de pronto viejo y cansado, y odió su trabajo detestándolo en lo más profundo de sus sentimientos. Un trabajo que le obligaba a enfrentarse con sangre y muertos, con asesinos y violadores, con la hez de una sociedad muelle y egoísta.

Desde la ventana contempló nacer el día sobre la ciudad. Un día que prometía ser tan gris como los anteriores.

Entonces llamaron a la puerta. El detective Correll entró llevando un pequeño envoltorio en la mano.

—¿Recuerda al tipo que encontraron muerto en una acera, teniente? —soltó de entrada.

—¿Qué pasa con él? Dije que asignaran el caso a otra sección.

—Y se hizo así. Wendell se hizo cargo del asunto. El hombre había muerto de un tremendo golpe en el parietal. Según el forense había partículas de hueso hundidas en el cerebro que le mataron con más rapidez que una bala.

—¿Y qué? Cuéntaselo a Wendell.

—Ya lo sabe.

Nedick suspiró con resignación.

—Dime una cosa tan solo, ¿sí?

—¿El qué, teniente?

—El caso de ese fulano, ¿tiene alguna relación con lo que estamos investigando nosotros?

—No, pero...

—¡Entonces, largo de aquí! Vete a dar la lata a Wendell y olvídate de mí.

—Espere un minuto —insistió el detective—. Sucedió otra cosa extraña... Se oyeron disparos no muy lejos del lugar donde fue encontrado el cadáver del tipo. Los agentes registraron un callejón y descubrieron el impacto de una bala en un muro. Bueno, también encontraron esto.

Dejó el envoltorio sobre la mesa y con toda calma lo desenvolvió.

El teniente Nedick se quedó mirando el cuchillo como si viera una serpiente.

Era un cuchillo idéntico a los que habían sido utilizados en los dos bárbaros crímenes. La misma clase de empuñadura, la misma marca grabada en el acero... Solo que más pequeño que los dos anteriores.

Y limpio. Perfectamente limpio.

—¡Que me cuelguen! —bufó—. ¿Había huellas en él?

—Ninguna aprovechable.

—¿Has comprobado si es como los otros, si pertenece al mismo

juego?

—Lo hice antes de venir a verle, teniente. No cabe la menor duda que es de la misma clase.

Nedick estuvo a punto de llevarse las manos a la cabeza.

—Tráeme todo lo que Wendell haya reunido hasta ahora de todo este embrollo. ¿Se sabe ya quién era el muerto?

—Están cotejando las huellas porque no llevaba documento alguno.

—Bien, tráeme el material de Wendell. Luego, ocúpate de interrogar al vecindario. Que te ayude Garber.

—Muy bien, pero alguien habrá de seguir el rastro de este cuchillo, teniente.

—¿Pretendes enseñarme mi trabajo?

—No, señor...

El detective salió disparado dejando a un teniente más indignado a cada minuto. Todo aquello se le antojaba una conspiración del destino para complicarle la vida justamente a él.

Quedaba claro que el asesino no había dado por terminada aún su carrera de crímenes. Se había armado con otro cuchillo, lo que delataba sus intenciones de matar otra vez, solo que por alguna razón perdió el arma cuando alguien disparó en una calleja...

Y luego estaba aquel tipo muerto de un mazazo que había incrustado partículas de hueso en el cerebro.

El teniente se sorprendió a sí mismo envidiando a los afortunados tipos cuyo trabajo era criar gallinas en el campo, o labrar la tierra, o...

—¿Teniente?

Correll entró con una carpeta amarilla que depositó sobre la mesa.

—Wendell dice que solo hay los informes de rutina hasta el momento. Tiene a dos hombres ocupados con el caso.

—Que destine dos más a lo mismo. Si se confirma que los dos casos están relacionados entre sí van a tener prioridad absoluta sobre todo lo demás.

Correll asintió y se fue, mientras Nedick se sumergía en la lectura de aquellos documentos concisos, fríos e impersonales.

Solo que tampoco de su lectura sacó nada en limpio...

CAPÍTULO VIII

En Newsbick brillaba el sol cuando Susan Lougman salió de la estación y se detuvo contemplando la amplia plaza sombreada por los árboles.

¿Desde cuándo no había vuelto a pisar aquellas calles, aquella población que tanto le gustara cuando la visitó por primera vez?

Ni siquiera lo recordaba. Pero era agradable volver. Era el único lugar del mundo donde podría sentirse segura. Por lo menos eso esperaba.

Incluso el sol parecía darle la bienvenida.

Se dirigió a un taxi, dio una dirección al chófer y el auto emprendió la marcha.

Las calles eran limpias, amplias y luminosas. Vio gentes en las aceras, gentes normales, sonrientes y apresuradas que alejaban cualquier idea de maldad o crimen.

Había brillantes escaparates en las tiendas, y mirones ante ellos. Como en Nueva York, claro, pero distinto de la gran ciudad.

Todo era distinto. Susan notó cómo sus nervios alterados se relajaban. Cómo la tormenta de su mente se apaciguaba y cómo la incesante sensación de peligro y de acoso desaparecía por primera vez en mucho tiempo.

El taxi se detuvo al fin ante un edificio de oficinas.

—Espere, por favor —dijo—. No tardaré mucho.

Subió hasta la cuarta planta. Sobre una puerta un rótulo dorado informaba de que aquella era la oficina de alguien llamado A. Steever, abogado y administrador de bienes raíces.

Empujó la puerta y entró en una espaciosa antesala. Una mecanógrafa levantó la cabeza de su trabajo y le sonrió.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

—Deseo ver al señor Steever. Soy Susan Lougman...

—El señor Steever se encuentra en el tribunal. No creo que

regrese antes de las doce. Pero puede hablar con su secretaria y fijar una cita...

—Está bien.

La mecanógrafa habló brevemente por un intercomunicador.

Instantes después se abrió una puerta y apareció una mujer de unos cuarenta años, enjuta y cuyos ojos inteligentes brillaron detrás de los cristales de sus gafas.

—¡Señora Loughman! —exclamó, tendiéndole la mano—. Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias tuyas... ¿Quiere pasar?

—Me alegro de verla, señorita Scott. Pero solo he venido a buscar las llaves de la casa.

Dígale al señor Steever que le llamaré para poner al corriente mi cuenta.

—Estará encantado de verla. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Newsbick?

—Aún no lo sé.

—Venga conmigo, le daré las llaves... ¿Sabe que hemos recibido infinidad de propuestas de compra o alquiler de la casa?

—No deseo venderla. En absoluto.

La secretaria buscó en un cajón de la mesa hasta que localizó el pequeño manojito de llaves.

—Aquí están. Le deseo una feliz estancia, señora Loughman.

—Prefiero que sigan llamándome por mi nombre de soltera mientras esté aquí.

Su voz sonó un tanto seca.

—Como guste. Lo encontrará todo a punto en la casa, incluso el teléfono y la electricidad. Únicamente se suspendió el servicio de gas para evitar posibles accidentes. El señor Steever dijo que...

—Muchas gracias por todo —la interrumpió Susan—. Estoy segura de que han cuidado perfectamente de la casa en todo ese tiempo.

Regresó al taxi acariciando entre los dedos aquellas llaves que significaban tanto para ella.

Eran el nexo de unión entre el pasado tranquilo y feliz y el futuro esperanzador. Aquella casa significaba un refugio del que nadie fuera de Newsbick tenía conocimiento, ni siquiera Peter... Allí nunca podrían encontrarla.

Dio la nueva dirección al taxista y se arrellanó en el asiento. Esta

vez cerró los ojos para mejor recordar unos años lejanos en los que no había terror ni sangre, solo paz y ansias de vivir.

De pronto, el chófer dijo:

—Tal vez me juzgue un entrometido, pero... ¿tiene usted algún admirador, señorita?

—¿Qué?

—Lo digo porque nos siguen desde que abandonamos la estación. No quise decírselo antes de la primera parada porque no estaba seguro entonces, pero ahora ya no hay duda. Otro taxi viene siguiéndonos todo el tiempo.

—¡Dios mío!

Volvió la cabeza. Un taxi se hallaba a considerable distancia, en su misma ruta.

—¿Está seguro? —jadeó.

—Claro. Es el taxi de Carmichael. Se detuvo a una manzana de distancia cuando nosotros nos paramos, pero nadie se apeó de él. Luego, cuando nos pusimos en marcha, volvió a seguirnos.

—Entonces no me lleve a dónde le dije... pare en la primera esquina, por favor...

—¿Quiere que la lleve a la policía? Si es algún tipo sinvergüenza que...

—¡Oh, no! Solo déjeme en la esquina.

—Está bien, señorita.

Ella le pasó unos billetes tan pronto el coche se detuvo. Sin esperar el cambio se apeó y echó a andar cargada con su maleta.

Vio pasar el taxi que la había seguido y alejarse.

Distinguió la imprecisa forma de un pasajero al que no pudo identificar...

De modo que no había podido escapar. No había servido de nada aquella huida en tren, aquella búsqueda de un refugio que ya no lo era...

La angustia la atenazaba. El taxi ya no se veía. Había doblado una esquina y aparentemente se había librado del perseguidor. Aunque por poco tiempo. No cesaría, fuera quien fuere, en su empeño por cazarla.

Poco después detuvo otro taxi y, descorazonada, hundida en una amarga depresión, se hizo conducir a la casa que tanto había significado.

Era una residencia amplia, bien conservada, rodeada de un extenso jardín. El administrador había hecho un buen trabajo ocupándose de que todo estuviera limpio y cuidado.

Pero algunas cosas habían cambiado en aquellos dos años de ausencia.

Recordaba que al otro lado del paseo, frente al jardín, había habido un solar extenso y vacío. Ahora se alzaba en él una casa de tres plantas. Y más al sur se habían construido otras residencias individuales, con jardín, y árboles frondosos, y vallas blancas y decorativas...

Una vecindad apacible, ideal en otras circunstancias.

Ahora, aquel lugar podría llegar a ser tan inhóspito como la propia Nueva York.

Mientras atravesaba el jardín pensó amargamente con cuánta facilidad puede hundirse todo un cúmulo de esperanzas con la sola presencia de un taxi impersonal y anodino.

Claro que no se trataba del taxi, sino del hombre que lo ocupaba. ¿Traje Marrón, quizá?

Ignoraba cómo aquel hombre siniestro había podido seguirla. Pero si era él no cabía duda que una vez más la muerte rondaría a su alrededor.

Habría otra orgía de sangre, aunque quizá esta vez fuera la suya, tal como acontecía en la pesadilla.

Cuando abrió la puerta ya había tomado la determinación de seguir huyendo, y esta vez sería sin rumbo determinado... y sin ninguna esperanza.

CAPÍTULO IX

El teniente Nedick suspiró desalentado.

—De modo —gruñó—, que se han vendido esta clase cuchillos en toda la ciudad, ¿eh?

Correll asintió.

—Por millares. Imposible localizar al asesino por medio de ellos.

—Otro callejón sin salida. ¿Has visto el informe definitivo del forense respecto al tipo de la cabeza rota?

—Aún no, solo el preliminar.

—También ahí tenemos otro buen embrollo. Según opinión del matasanos, no le golpearon con ningún mazo ni nada semejante. Dice que la rotura del cráneo fue debida a un golpe de karate. ¿Qué te parece?

—¿Qué diablos pinta un experto en karate en un asunto de locos como este?

—Me gustaría mucho saberlo, pero el médico es concluyente. Ha visto otras heridas semejantes, aunque en ninguna ocasión tan tremendamente dura como esta. El fulano que golpeó debe tener unas manos como el acero y un entrenamiento que no tiene nada de deportivo.

—Se me ocurre que en este caso no es nuestro asesino loco. Con unas manos así no necesita un cuchillo para matar.

—Esa idea ya se me había ocurrido a mí, pero tampoco nos lleva a ninguna parte, solo lo complica más aún, porque ahora tenemos dos asesinos sueltos en lugar de uno.

Correll se rascó la coronilla, perplejo.

—¿Ha leído usted los periódicos, teniente? —preguntó de pronto.

—Solo los titulares. Me han levantado el ánimo —comentó resignadamente.

—Esos chupatintas deben creer que pasamos el tiempo

rascándonos el trasero.

—Mira, olvídate de los periodistas y ocúpate de seguir los pasos del muerto durante sus últimos días. No debe ser difícil tratándose de un maleante tan conocido como Joe Godey, así que muévete.

—Oiga, teniente... Según sus antecedentes, Godey era un típico cuchillero... ¿No cree que podría tratarse de nuestro asesino?

—Ni en sueños. Joe Godey utilizaba una navaja de resorte, que fue encontrada en la misma acera donde murió. Además, era un solemne estúpido. Lo fue toda su sucia vida. Carecía de «imaginación» para unas carnicerías como las que vimos, si es que entiende lo que quiero decir.

—Bueno, era solo una idea.

—Mi opinión es que Godey trato de *pinchar* a alguien demasiado duro para él y se encontró con un golpe que le hizo migas la cabezota, eso es todo. Pero quizá no actuaba solo últimamente, o trabajaba para alguien determinado. Sal a la calle y averígualo.

—Está bien, teniente.

Cuando el detective salía del despacho, el teléfono que había sobre la mesa sonó.

Nedick lo descolgó de mala gana.

—Teniente Nedick al habla.

—Aquí el sargento Wendell, teniente.

—Hola. ¿Tiene algo nuevo?

—Pudiera ser interesante y quisiera que lo escuchara usted.

—¿A quién?

—A un individuo que tengo aquí...

—Bien, tráigalo.

Colgó, encendió un cigarrillo y se quedó mirando la puerta con expresión aburrida.

El sargento Wendell era un hombre rechoncho y de cara rojiza. Eternamente risueño, pocos que no le conocieran le hubieran tomado por policía.

Entró acompañado por un individuo alto, bien vestido y con una espesa cabellera negra. El visitante poseía un rostro extremadamente correcto, aunque algo en él no le gustó a Nedick. Quizá fuera la astuta expresión de sus ojos, o la sensualidad que delataban sus labios parecidos a los de una mujer.

—Este es el señor Lougman, teniente —anunció Wendell—. Crea que es interesante lo que tiene que decirnos. Se trata de la desaparición de su esposa.

—Siéntese, señor Lougman. ¿Qué ocurre con su esposa, ha desaparecido?

—En efecto, hace dos días por lo menos.

—¿No lo sabe seguro?

—Pues, no. Últimamente las cosas no rodaban demasiado bien entre ella y yo. Susan había decidido pasar muchos días en un apartamento que posee en Regís Park.

—Comprendo. Pero el sargento debe haberle indicado que lo que procede en su caso es acudir al Departamento de Personas Desaparecidas...

—Se lo advertí —terció Wendell—, pero es mejor que le escuche usted, teniente.

Este se encogió de hombros.

—Bien, adelante, señor Lougman.

Este suspiró profundamente preocupado.

—Comencé a inquietarme cuando pasó tanto tiempo sin saber nada de mi esposa, de modo que decidí verla en su apartamento. A pesar de todo, sigo amándola, ¿comprende?

Ella me necesita..., porque en ocasiones no es capaz de reaccionar correctamente.

—¿Qué quiere decir con eso exactamente?

—Bueno, pierde la noción de las cosas, sufre ausencias de consciencia, no recuerda lo más inmediato... Cosas así, ya sabe.

—Quedamos que fue usted a su apartamento. ¿Qué encontró allí? Porque supongo que ella no estaba...

—Efectivamente, no estaba en el apartamento. También faltaba una maleta, pero lo grave no es eso, teniente, sino las ropas.

—¿Qué ropas?

—Las que estaban manchadas de sangre.

Nedick se enderezó, ahora súbitamente alerta.

—Explíqueme eso.

Lougman aspiró hondo.

—Encontré un revoltijo de vestidos y prendas íntimas en el fondo de un armario. Había incluso medias y zapatos, todo ello manchado y sucio de sangre seca.

Los dos policías cambiaron una mirada.

Nedick dijo:

—¿Piensa usted que pueden haber matado a su esposa, que esa sangre era suya quizá? —Es una posibilidad, ya pensé en eso, pero si fue así no comprendo por qué el asesino se tomó la molestia de cambiarle las ropas y sacarla del apartamento... ¿No cree usted que sería correr un tremendo riesgo, teniente?

—En efecto. Creo que será mejor que veamos esas ropas. ¿No le parece?

—Ciertamente.

—¿Recuerda si las ha tocado usted, señor Lougman?

—En absoluto. Quedé impresionado cuando las vi y no me atreví a tocarlas siquiera.

—Claro, claro. ¿Ha venido usted en coche?

—Naturalmente.

—Entonces regrese usted al apartamento y espérenos allí, pero antes dele las señas al sargento, por favor.

—Ya las anoté abajo, teniente —dijo Wendell.

—Muy bien. Pida un coche entonces. Y recuerde usted, señor Lougman; no toque nada cuando llegue al apartamento.

El hombre asintió y salió rápidamente mientras el sargento pedía un coche oficial por teléfono. Cuando colgó dijo:

—¿Qué le ha parecido, teniente?

—Aún no lo sé, pero no me gusta. Hay algo repelente en ese tipo, Wendell.

—Antes de salir voy a pedir a «archivos» que revisen por si hubiera algo sobre él.

—Si no tienen nada, dedique a alguno de sus hombres a escarbar en la vida de Lougman. Uno nunca sabe...

Se separaron en la escalera, para reunirse poco después en la playa de estacionamiento donde ya había un coche esperándoles.

CAPÍTULO X

El apartamento era pequeño, lujoso y extremadamente cómodo. Equipado con costosos muebles y espesas alfombras, Nedick trató de calcular lo que habría costado y fracasó en sus cálculos al comprender que, con su nivel de vida, jamás conocería ni el precio de una sola butaca.

—Las ropas están en el dormitorio —dijo Lougman—. Por aquí...

Tal como dijera en la oficina del teniente, el montón de prendas femeninas formaban un revoltijo en lo más profundo de un armario.

Nedick tomó un arrugado vestido, desplegándolo. Había grandes manchas parduscas en toda su superficie, especialmente en la parte baja de la falda.

—Será preciso llevar todo esto al laboratorio. ¿Conoce usted el grupo sanguíneo de su esposa, señor Lougman?

—No..., nunca lo supe en realidad.

Mientras Wendell se ocupaba de reunir todas las prendas para llevárselas, Nedick salió del ordenado dormitorio. Se dejó caer en una butaca y encendió un cigarrillo.

—¿Tiene usted alguna idea del lugar a donde puede haberse dirigido su esposa?

Lougman se encogió de hombros.

—Ni la más remota.

—¿Dispone ella de dinero particular?

—Oh, por supuesto que sí. Es una mujer rica, teniente.

—Ya veo. ¿Qué me dice del coche de su esposa?

—Está en el garaje de este edificio. Lo comprobé por teléfono con el empleado.

—De modo que no se lo llevó...

Wendell salió del dormitorio llevando las ropas en un improvisado fardo. Nedick preguntó:

—¿Tiene usted una fotografía de su esposa, señor Lougman?

—Por supuesto, habrá alguna en alguna parte... En casa las hay muy variadas, pero aquí habré de buscarla.

—Por favor, es importante.

Tras un ligero titubeo, Lougman volvió al dormitorio.

Wendell murmuró:

—¿Se ha dado usted cuenta de la situación de este edificio?

—Creo que sí.

—Queda a menos de una manzana del lugar donde encontraron al hombre muerto de un trastazo en la cabeza.

—Y se pregunta usted qué andaría buscando un tipo como Joe Godey en un barrio elegante como este, ¿eh? Yo también.

—Y tan cerca del piso de una mujer que ha desaparecido, y cuyas ropas están materialmente teñidas de sangre...

Lougman regresó con una pequeña fotografía de su mujer.

—Esta es Susan, teniente —dijo.

Nedick contempló el hermoso rostro de la mujer, su larga cabellera y los profundos ojos.

Aquellos ojos se le antojaron extrañamente tristes.

—Una mujer muy bella —comentó, guardándose la fotografía—. ¿Tendría inconveniente en hablamos de esas dificultades que existían entre usted y su esposa?

Lougman esbozó un gesto de fastidio.

—No creo que eso tenga el menor interés para ustedes. Son asuntos puramente domésticos.

—¿No cree usted que podrían ayudarnos a encontrarla?

—En absoluto.

—Bien, veamos otra cosa... ¿Existen familiares de su esposa en el país, alguien con quien ella haya podido reunirse?

—Ninguno. Susan carece de familia excepto yo.

—¿Nunca antes se había ausentado sin advertirle?

—Nunca, excepto estos últimos tiempos, cuando solía venir a este apartamento.

—Entiendo que su esposa es una mujer rica. Tal vez se encuentre en otra propiedad... alguna casa en la playa quizá. ¿Tienen ustedes algún acaso?

—No, teniente. Pero tengo entendido que años atrás Susan poseía algunos intereses en un lugar llamado Newsbick.

—¿Dónde está eso?

—Lo ignoro. Y ella jamás me habló de ese pueblo ni de lo que tenía allí, o había tenido. En realidad lo averigüé por casualidad.

Nedick se levantó.

—Quisiera dar un vistazo al resto del apartamento, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, teniente.

—Es cuestión de un minuto.

En realidad fueron bastantes más, pero no obtuvo el menor resultado de su recorrido. Tras despedirse de Loughman, los dos policías abandonaron el apartamento.

Wendell gruñó:

—El tipo no parece muy entristecido por la desaparición de su mujer.

—Ya le dije que no me gustaba en absoluto.

El sargento esperó a que el ascensor se detuviera. Cuando se abrían las puertas dijo, señalando el envoltorio de ropas:

—Desde luego, no creo que esta sangre pertenezca a la mujer desaparecida. No hay en ellas ninguna desgarradura, ni agujero de bala, nada.

—Ya me fijé en eso. Y si la sangre no pertenece a la esposa de Loughman la cosa adquiere un matiz más sombrío todavía, porque aquí hay un par de vestuarios completos, si no me equivoco. He visto por lo menos dos combinaciones...

—Exacto. Y también están manchadas. Incluso hay alguna mancha en los dos sujetadores... Por cierto, teniente, la dama tiene un gusto exquisito para su ropa interior. Me gustaría que mi vieja se pusiera alguna de esas chucherías de vez en cuando.

Nedick estuvo tentado de echarse a reír, porque él conocía a la mujer del sargento y, siendo muy benévolo con ella, podía decirse que su semejanza con un globo era más que notable.

—Veamos el lugar donde se encontró a Joe Godey —dijo para desviar el tema.

—Es aquí mismo, al doblar la esquina.

Apenas se habían alejado, Loughman salió a su vez, aunque se mantuvo oculto en el portal hasta que los dos policías hubieron desaparecido.

Solo entonces echó a andar hacia su coche con una incontenible

expresión de triunfo en su rostro, una expresión que hubiera dado mucho que pensar al teniente Nedick, en caso de haberla podido contemplar.

Susan recorrió de nuevo toda la casa. La había invadido una especie de frenesí por asegurarse de que estaba totalmente sola, de que ventanas y puertas tenían pasadas las barras de seguridad de forma que nadie del exterior podría entrar, a menos de romper una puerta a hachazos.

Terminó esa segunda inspección. Ahora estaba segura de que la casa era casi una fortaleza inexpugnable. Por último levantó el auricular del teléfono, para comprobar también que funcionaba correctamente.

Se hundió en una butaca y encendió un cigarrillo con dedos mucho más seguros que en los días anteriores. El hombre que la había seguido jamás llegaría hasta ella mientras se mantuviera dentro del edificio. Solo saldría de día, y el tiempo justo para efectuar las compras. No habría más sangre ni más pesadillas.

El silencio que la envolvía contribuyó a la completa relajación de sus sentidos hasta el extremo de quedarse dormida.

Cuando despertó estuvo unos instantes con el ánimo en suspenso, ajena a cuánto la rodeaba hasta darse cuenta del lugar en que se hallaba.

Entonces se levantó. Desde la ventana podía ver el oscuro jardín y las ventanas iluminadas de la casa nueva que había al otro lado de la calle.

Tal vez si hubiese podido penetrar más allá de aquellas ventanas su tranquilidad hubiera sufrido un rudo golpe.

CAPÍTULO XI

Daniel Ryder dejó la maleta en el suelo y llamó a la puerta del apartamento.

Tras una corta espera, la puerta se abrió y Ryder se quedó mirando el conjunto de curvas más espectacular que recordaba haber visto en su vida, y había visto muchas.

—¿Sí...? —murmuró la rubia aparición.

—Bueno, quizá me he equivocado de puerta, pero he leído en el periódico local que alquilan medio apartamento...

Ella agrandó los ojos a causa de la sorpresa.

—¿Y no ha leído que se alquila solo a una mujer?

—Sí, claro, pero se me ocurrió que eso podría arreglarse con pequeño suplemento en el alquiler.

—¿Y aún sigue pensando lo mismo ahora?

—¿Por qué no?

—Habría que oír al vecindario si le admitiera a usted.

—¿Le preocupa mucho el vecindario?

—Relativamente... Yo he de vivir aquí, ¿sabe? Aunque el alquiler es un auténtico atraco.

Mientras hablaba no dejaba de observarle atentamente.

El sonrió.

—Le aseguro que soy un individuo muy serio. Nunca he asaltado a ninguna mujer ni robado un Banco, le doy mi palabra.

Ella se echó a reír abiertamente.

—Esa es una buena recomendación. No voy a alquilarle el apartamento, pero le invitaré a un trago si quiere.

—Es una manera de empezar a relacionarnos.

Ryder tomó su maleta y entró. Todo cuanto descubrió en el interior era confortable, cómodo y llamativo. Descubrió varias telas sin marco colgadas de las paredes, y al cruzar ante una puerta vio un estudio en penumbra.

—¿Pintora? —preguntó.

—Así es, aunque gano más dinero como diseñadora de modas. Pero adoro pintar. Siéntese ahí mientras preparo unos tragos.

Ella observó mientras se movía por la estancia. Tenía una figura prieta y llena y sus movimientos tenían algo de felino. Las largas piernas se adivinaban perfectas, enfundadas en unos pantalones negros de torero, y el agresivo y juvenil busto tensaba una blusa anudada sobre el estómago.

—¿Quiere mucho hielo en el *whisky*?

—Prefiero mucho *whisky* en el hielo, si no le importa. ¿Cómo se llama usted, patrona?

—Doris Rubin, pero todo el mundo me llama Deedee.

—Yo soy Daniel Ryder.

—Apuesto que le llaman Dany.

—Eso era en mi juventud, cuando aún tenía amigos.

Ella se volvió con dos vasos en las manos.

—¿Es tan viejo ahora?

—Mil años cumplidos o así. Tan viejo que ya me jubilaron.

—No me tome el pelo. Y beba. Salud.

El probó el *whisky*. Era excelente. Sacó el paquete de cigarrillos y ambos encendieron mientras la muchacha se dejaba caer en una butaca frente a él.

—Ahora dígame la verdad —le espetó—. ¿De veras pensó alquilar la mitad de este apartamento?

—Puedo jurarlo sobre la Biblia, aunque solo sería por unos días.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Pocos, creo.

—¿Sabe que es usted un tipo interesante?

—Me han llamado cosas peores.

—¿Las mujeres?

—Los hombres por regla general.

Ella suspiró.

—Detesto hablar seriamente si puedo evitarlo —dilo—, pero temo que habré de hacerlo ahora. Mire, Daniel Ryder, o Dany, o como quiera que se llame. Hay algunos hoteles magníficos en esta ciudad, y dos o tres no tan magníficos, pero cómodos y económicos. Se supone que los forasteros se alojan en los hoteles y usted es forastero...

—Tengo mis razones para preferir este apartamento. Confieso que cuando leí el anuncio, y vi las señas, pensé que el destino se había decidido a jugar a mi favor.

—¿Hizo averiguaciones, alguien le dijo que era una mujer joven la inquilina?

—En absoluto. Solo vine.

—No lo entiendo.

—Estoy dispuesto a pagarle un mes por anticipado, a sabiendas de que solo permaneceré aquí unos pocos días.

—Eso resulta sospechoso. ¿Pagaría usted ciento cincuenta dólares por unos días de alquiler?

—El anuncio decía cien dólares...

—Para una chica.

—Ya veo. Trato hecho.

—¡Eh! Yo no dije que aceptara.

Ryder bebió otro sorbo, mirándola fijamente. Sonrió y su cara sombría pareció humanizarse.

—Tiene miedo, ¿es eso? —dijo de pronto.

—Un poco. Usted es un perfecto desconocido y yo soy una mujer sola, que habría de compartir el apartamento noche y día con usted.

—No voy a negar que resultaría una endiablada tentación su proximidad. Pero sabré contenerme. A mi edad, un hombre solo pierde el control si la mujer lo desea.

—No estoy muy segura de eso. Dígame una cosa. ¿Quién es usted, además de llamarse Daniel Ryder?

—Actualmente no soy nadie.

—Eso es una tontería.

—Palabra de honor. Un ingeniero sigue siendo ingeniero después de quedar cesante. Y lo mismo un abogado, o un médico. Incluso un barrendero. Bueno, en mi caso nada de eso sirve.

—Hagamos la pregunta de otro modo entonces. ¿Quién, o qué fue usted?

El hizo una mueca.

—Me ha pillado. No puedo decírselo.

—¿Cómo sabe que me apasionan los misterios? Está ganando puntos.

—Es una vieja táctica que nunca falla.

Ella tomó el vaso distraídamente y bebió, mirándole sin

disimulo.

—¿Sabe una cosa? —exclamó de pronto—. Siempre he detestado la rutina, y la vida, actualmente es una pura rutina. Ciento cincuenta dólares y al diablo con el vecindario.

—¡Ajá!, yo debiera haber tropezado con una mujer como usted algunos años atrás.

Sacó un puñado de dinero y contó ciento cincuenta dólares que cambiaron de mano.

Solo entonces dijo:

—Olvidaba mencionar una condición, Deedee.

—No empecemos a estropear la convivencia, Dany.

—Se trata de algo sencillo. Quiero que alguna de mis ventanas se abra a la calle delantera.

—¿Eso es todo?

—Nada más.

—Su dormitorio tiene una gran ventana a la calle.

—Magnífico.

—Venga y se lo mostraré.

El la siguió, llevando la maleta. El dormitorio era amplio y confortable, con una gran ventana y una puerta que comunicaba directamente con el baño.

Ryder se acercó a la ventana y miró hacia el otro lado de la calle. La casa rodeada de jardín estaba a oscuras, pero se distinguía perfectamente desde allí.

Tras él, Doris dijo:

—¿Es por esa casa que ha pagado usted su dinero? Si es así déjeme decirle que ha hecho un pésimo negocio. Está deshabitada.

En aquel instante, una ventana se iluminó en la oscura fachada.

—Lo estaba, querida...

Ella se colocó a su lado. Algo como una ráfaga de aire helado pasó por sus nervios, estremeciéndola.

—¿Sabe usted quién hay allí? —murmuró.

—Una mujer.

—Comprendo.

—No es tan sencillo.

—Quiere espiarla. —En cierto modo.

—De haberlo sabido no le habría admitido ni por mil dólares.

—Solo que ya no puede echarse atrás. De todos modos

tranquilícese, no deseo perjudicar en absoluto a esa mujer, Deedee, créame.

Ella se lo quedó mirando fijamente de nuevo.

—¿No será usted uno de esos fisgones..., un detective privado siguiendo los pasos de una mujer que ha decidido vivir a su aire?

—No. Y como imagino que seguirá usted haciéndome preguntas para las que no tendré respuesta, le diré que alguien quiere hacer daño a su nueva vecina y he decidido evitarlo.

—¿Lo sabe ella?

—Ignora que yo estoy cerca.

—No quiero decir eso, sino el peligro que corre.

—Sí, claro que lo sabe.

—Entonces, ¿por qué no acude a la policía? Ellos la protegerían.

—No quiere recurrir a la policía, aunque ignoro por qué razón.

—Y usted, ¿está enamorado de ella?

—Enamorado no es la palabra exacta. Desde luego, se trata de una mujer muy hermosa y por la que un hombre podría perder la cabeza. Pero en mi caso solo la traté durante media hora.

—Hay quien ha necesitado menos tiempo para enamorarse.

—Lo creo —rio él—. Sobre todo de una mujer como usted.

—Yo soy solo su patrona, de modo que límitese a la dama del otro lado de la calle y todo irá bien. Encontrará toallas en el baño, pero si algo necesita llámeme. Suelo acostarme muy tarde.

Un tanto rígida, dio media vuelta y salió del dormitorio.

Ryder sacudió la cabeza. Aquella muchacha extraordinaria había estado a punto de desbordarle...

Cuando volvió a mirar por la ventana, la luz de la casa ya no brillaba. De nuevo, la fachada era una sombría masa oscura destacando en medio del jardín.

Se apartó de la ventana y empezó a desvestirse. Aquella era una aventura que le fascinaba y ya nada de este mundo le apartaría de ella hasta el final.

Ryder llevaba dos días en el apartamento sin apenas abandonarlo, pasando la mayor parte del tiempo cerca de la ventana. Había visto a Susan en contadas ocasiones, siempre fugaz, siempre apresurada. Ya no le cabía duda de que ella se ocultaba en la casa, atemorizada.

Al atardecer de ese segundo día, Deedee llamó a la puerta del

dormitorio. También con aquella muchacha habían cambiado muchas cosas en tan breve lapso de tiempo.

—Entra —dijo Daniel.

—Empiezo a tener los nervios desquiciados —anunció la bellísima muchacha, acercándose a él—. Me pongo a trabajar, y solo pienso en ti, agazapado detrás de esa ventana, inmóvil, acechando como una fiera en la selva. ¿Aún no te has cansado de este juego?

—Sí. Mañana iré a verla. Quiero hablar con ella.

Doris llevaba una breve bata azul manchada de colores. Sus largas piernas se mostraban casi enteramente dada la brevedad de la prenda.

Solo que él ni siquiera había vuelto la cabeza para mirarla.

—Dany...

—¿Sí, linda?

—¿Qué harás después que hayas hablado con esa mujer?

—Dependerá de lo que ella me diga.

—Te irás, claro.

—Es posible. Ya te dije que solo estaría aquí unos pocos días.

Ella suspiró.

—¡Maldita sea! —estalló—. Podrías mirarme, por lo menos, cuando me hablas.

—Tienes razón, debes estar nerviosa —dijo Ryder, volviéndose. Se la quedó mirando de arriba abajo. Sonrió aprobadoramente.

—Quien empieza a ponerse nervioso ahora soy yo. ¿Es tu uniforme de trabajo?

—Pensé que sería el apropiado para seducirte.

—Deedee...

Ella esbozó un gesto impaciente.

—¿Qué tiene esa mujer de ahí enfrente que no tenga yo?

—Esa mujer no significa nada para mí sentimentalmente. Solo quiero evitar que le ocurra nada malo. Pero tú estás provocando todo lo contrario.

—Solo intento comprobar si dijiste la verdad la noche que llegaste.

—¿La verdad respecto a qué?

—A que un hombre, a tu edad, no pierde el control a menos que la mujer lo desee. Bueno, deseo hacer la prueba.

El se levantó poco a poco. De momento, Doris ya había conseguido que su expresión, hasta entonces inalterable, se crispara.

Y cuando habló, tampoco su voz poseía la desesperante seguridad de costumbre.

—¿Qué supones que debo decirte? —murmuró—. ¿Qué te quiero, que me he enamorado de ti de modo fulminante, y todas esas cursilerías?

—Precisamente lo que no quiero es que hables.

—Lo malo es que algo hay de cierto en todo eso.

—¿Quieres decir... que me quieres?

—¿Cómo puede uno estar seguro de eso en tan poco tiempo?

—Si dudas, ya es un punto a mi favor. Bueno, haz algo, no te quedes como un poste, mirándome.

Dany tendió los brazos y un instante después la muchacha estaba apresada entre ellos, y se besaban furiosamente como ninguno de los dos recordaba haber besado en su vida.

En el caso de Deedee eso no era extraño, porque era muy joven y los besos, hasta entonces, fueron siempre escarceos juguetones.

Pero en Daniel Ryder la cosa cambiaba. El había amado mujeres apasionadas, de todas las razas y en todas las partes del mundo. Había creído que ya no le quedaba nada que aprender respecto a ellas.

Y ahora estaba aprendiendo la lección más sublime de este mundo. Aprendía a amar, a no buscar solo el placer, sino a darlo, a darse con el beso, con cada caricia, con cada partícula de su aliento.

El balbuceó:

—Creo que habré de decirte algo sobre mí, pequeña...

—Claro, después.

Volvió a encerrarla entre sus brazos. De nuevo sus bocas se unieron y el beso los elevó por encima de sus propios sentimientos, aislándoles de cuánto les rodeaba, de todo cuanto no fuera aquel amor nuevo, súbito y definitivo que les acababa de unir con el lazo más fuerte que puede sujetar al ser humano.

—Dijiste que me hablarías de ti.

El encendió un cigarrillo y expelió el humo hacia el techo. Caminó despacio hasta la ventana, viendo la noche al otro lado de los cristales, el jardín de enfrente y la casa en la que brillaba una ventana.

—Algún día te pediré que te cases conmigo —dijo Ryder de pronto, sin volverse—. Así que debes saber algo de mí.

—Ya sé que luchaste en alguna guerra. Tal vez en Vietnam. Tienes una cicatriz terrible en la espalda.

—Yo nunca he peleado en una guerra. Era demasiado valioso para que se arriesgaran a perderme tan fácilmente.

—¿Valioso?

—He sido un agente especial adscrito a la CIA hasta hace unos días.

—¿Tú?

—Empezó como un juego de juventud, la emoción de la aventura, el ansia de ver mundo, de hacer algo grande por mi patria. Luego la realidad se encargó de hacerme descender de la nube. Pero yo poseía unas cualidades especiales... y me agregaron a un reducido grupo al que llamaban, y llaman aún, Los Ejecutivos.

Doris le miraba con los ojos agrandados por el estupor.

Sin esperar que ella dijera nada, Ryder prosiguió:

—Todo trabajo sucio, vil, violento y salvaje, en cualquier parte del mundo, nos lo confiaban a nosotros. Nos habían adiestrado para ello. Algunos morían de vez en cuando. Otros mataban para no morir... Puedes jurar que cualquier hecho siniestro y sucio que se haya llevado a cabo sobre la tierra en favor de este país lo hemos ejecutado los elegidos de ese grupo. Solo que llegó un momento en que me desprendí de los ideales para reflexionar a fondo y me di cuenta de que, en la mayoría de ocasiones, no arriesgábamos la vida por nuestra patria, sino por los intereses bastardos de poderosos grupos económicos, fuera en Europa, en Asia, en los países petrolíferos, en América del Sur, en África... En el mismo infierno. Siempre lo mismo. Decidí que era todo lo que yo podía soportar.

—Dany...

El se volvió. Tenía el rostro crispado y sus ojos brillaban febriles.

—Presenté mi renuncia —dijo, con voz sorda—. Hubo amenazas, presiones, ofertas. Hasta que me sacudieron un puntapié y me encontré en la calle.

—Ven aquí, Dany.

—¿Quieres saber más cosas?

—Ven.

El se acercó a los brazos tendidos de la muchacha. Se dejó

enredar en ellos y la amargura que le había desbordado se desvaneció poco a poco.

Cuando se incorporó, encendió otro cigarrillo. Volvió junto a la ventana y desde allí murmuró:

—Has hecho un mal negocio enamorándote de mí, pequeña.

—Creo que eso debo decidirlo yo.

Repentinamente, él se puso rígido. Un auto-patrulla se deslizaba lentamente por la calle. Solo descubrió que se trataba de un coche de la policía cuando pasó dentro del cono de luz de un farol, porque no utilizaba su faro giratorio ni ningún otro distintivo luminoso. Lo siguió con la mirada hasta que se hubo perdido de vista.

—¿Qué ocurre, querido?

—Nada... un coche de la policía acaba de pasar.

—Patrullan todas las noches. ¿Qué tiene de raro?

—Iba muy despacio y llevaba los distintivos apagados. ¿No te parece extraño?

—No sé...

—Ahí vuelve otra vez.

El coche regresaba a la misma velocidad, pasó frente a la casa y desapareció más allá de la curva del paseo.

Ryder vio que la luz de la casa de Susan Loughman continuaba encendida. Esperó pero el auto-patrulla ya no volvió.

Iba a retirarse de su observatorio, cuando algo más llamó su atención; dos sombras avanzaban por la acera. Eran dos hombres y los nervios le dieron un tirón al darse cuenta de que uno de ellos era alto y delgado, vestido de oscuro.

El otro era también alto, pero mucho más corpulento que su acompañante.

—Dany, ¿quieres dejar de aplastar la nariz en los cristales por esta noche?

—Espera... y no enciendas ninguna luz.

Aquel hombre delgado y alto le recordaba al que viera fugazmente cuando perseguían a Susan en Nueva York.

Pasaron frente a la casa, se detuvieron un instante, como enfrascados en su conversación, y luego reanudaron su lento paseo.

Bien, ya estaban allí. Ryder no dudó, ni por un instante, que los hombres que acosaban a Susan Loughman habían dado de nuevo con su paradero.

Sin separarse de la ventana terminó de vestirse. Vio de nuevo a los dos paseantes, les vio detenerse otra vez frente al jardín, para reanudar después sus pasos y desaparecer en las sombras.

Tal vez esa fuera una noche distinta de las demás...

Una noche de violencia.

CAPÍTULO XII

Susan apagó la luz al acostarse. Había comprobado los cierres de cada una de las ventanas y de las puertas antes de encerrarse en su dormitorio, pero temía dormirse. En cualquiera de sus sueños podían aparecer de nuevo las pesadillas horribles que la estremecían, que la enloquecían, obligándola a incorporarse gritando, empapada de sudor, rezumando miedo...

No obstante, cuando el sueño la venció, al fin, no brotó ninguna pesadilla en su atormentada mente.

La despertó el timbre del teléfono.

Al principio creyó que soñaba. Nadie podía llamarla allí, y menos a esas horas intempestivas de la noche.

Pero el timbre continuaba sonando, monótono, insistente.

Cuando comprendió que aquel sonido era real se incorporó sobrecogida de espanto.

¡La habían encontrado otra vez! Todo volvía a empezar...

Alargó la mano y descolgó el aparato.

—Hable... —jadeó.

—¿Señora Lougman?

Era una voz bronca, de hombre.

—Sí.

—Me ha dado mucho trabajo en esta ocasión. Casi logró darme esquinazo.

—¿Quién... quién es usted?

—El hombre que va a matarla, señora.

Oyó una risa burlona. Luego, la voz añadió:

—Claro que antes hablaremos de negocios usted y yo. Y quién sabe...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Aterrorizada, colgó el auricular temblando violentamente.

Toda la cama se estremecía con su temblor. Sangrientas

imágenes cruzaron por su cerebro. Imágenes atroces, de hombres destrozados por un diabólico cuchillo...

Volvía a empezar aquella orgía de muerte... nunca podría librarse de aquello. Debiera haberlo supuesto, haberlo sabido desde siempre.

Le costó dos horas quedar otra vez dormida.

Y también entonces el timbre del teléfono la hizo brincar sobre la cama ahogando un grito.

No se atrevía a descolgarlo. Lo miró largo tiempo, mientras el estridente zumbido parecía penetrarle el cráneo, dolorosamente.

Al fin no pudo soportarlo por más tiempo y atrapó el auricular con salvaje violencia.

—¡Déjeme en paz! —chilló—. ¡No puedo soportarlo!

—Lo soportará —dijo la misma voz de la anterior llamada, sombría y amenazadora—. Por lo menos hasta que yo termine con usted.

—¡Por favor, por favor...!

—Mañana le diré lo que quiero y cómo. No se aparte del teléfono. ¿Ha comprendido? Y no trate de huir. No le serviría de nada.

—¿Por qué... por qué...?

Sonó una risa y bruscamente la comunicación se cortó.

Saltó de la cama como impulsada por un resorte. Todo su cuerpo estaba empapado de sudor y era sacudido por violentos estremecimientos.

Cruzó el cuarto de un lado a otro, una y otra vez, como una fiera enjaulada. Sentía un violento zumbido en los oídos y de pronto las paredes empezaron a girar a su alrededor. Tuvo el tiempo justo de llegar al lecho y derrumbarse sobre él, inmersa en una marea de pánico, de odio, de furor incontenible...

El jefe de policía de Newsbick se llamaba Maloney. Era un hombre de cabello gris y rostro sonrosado.

—Le confieso que me sorprendió cuando me informó por teléfono de que venía usted hacia aquí, teniente —dijo, recostándose en su sillón—. Debe tratarse de algo muy importante para que se haya desplazado desde Nueva York.

—Ya puede jurarlo —replicó el teniente Nedick—. ¿Ha hecho lo que le pedí respecto a esa mujer?

—No ha sido difícil. Apenas sale de su casa. Mis patrulleros lo han comprobado durante la noche.

—¿Qué piensa de mis temores?

—Lo mismo. Pero no comprendo nada de todo esto. Susan Anderson es la heredera de una importante fortuna. Vivió en esa misma casa cuando murieron sus padres, y aunque poseía un carácter retraído, era apreciada por todo el mundo. ¿Qué puede haber hecho de malo una mujer así, teniente?

—Más bien se trata de lo que le hayan hecho a ella, aunque eso nunca se sabe en esta clase de crímenes. De momento quiero interrogarla a fondo.

—Me gustaría saber un poco más de todo este asunto si hemos de colaborar con ustedes, teniente...

—Por supuesto.

—¿Cómo supieron que ella estaba aquí?

—Su propio marido nos dio la pista. ¿Conoce usted a Peter Loughman?

—No. Ni siquiera sabía cómo se llamaba el marido de Susan.

—Es un tipo muy vivo. Fue agente de apuestas hace unos años. Malvivió, bordeando la ley y de pronto enamoró a esa mujer cargada de dinero y se casó con ella. Hemos averiguado que la armonía en el matrimonio duró muy poco. El pretendía controlar la fortuna de su mujer, ya puede imaginar usted con qué objetivo, claro. Solo que tropezó con su resistencia. Por dos veces ella ha intentado entablar demanda de divorcio sin conseguirlo... En fin, un drama que después se ha complicado hasta el delirio.

—¿De qué modo?

—Con crímenes, sangre por todas partes... En fin, se lo contaré.

Nedick relató todo lo que sabían hasta entonces respecto a aquella tremenda pesadilla. Al terminar añadió:

—Y así están las cosas. El laboratorio afirma que la sangre de los vestidos de la señora Loughman es del mismo grupo que la de las víctimas del cuchillero, de modo que ella se ha convertido en la pieza principal de este rompecabezas.

—No le envidio, teniente. No quisiera un caso semejante ni para mi peor adversario. ¿Cuándo piensa interrogarla?

—Le daré un poco de tiempo para que se confíe. Además, deseo hacer algunas averiguaciones en la ciudad por mi propia cuenta si

no tiene inconveniente.

—Por supuesto que no. Puede contar con toda mi colaboración.

Nedick suspiró, satisfecho. En otras ocasiones había tropezado con policías provincianos celosos de sus prerrogativas, legalistas hasta la exasperación, poco dados a prestar ayuda a sus colegas de la gran ciudad.

Afortunadamente, en esta ocasión la cosa era distinta.

Desde el otro lado de la puerta, Susan balbuceó:

—¿Quién... quién está ahí?

—Su ángel guardián, señora.

—¿Qué?

—Daniel Ryder. ¿Se ha olvidado de mí?

—¡Oh, usted!

La puerta se abrió y ambos quedaron mirándose a la luz de la mañana.

El sonrió para tranquilizarla.

—¿Puedo pasar?

—Sí..., sí, claro...

Cerró inmediatamente la puerta tan pronto él hubo entrado. Ryder se percató de que corría todos los cerrojos y daba vuelta a la llave antes de volverse hacia él. Igualmente, las ventanas estaban firmemente cerradas.

—Usted dijo que se dirigía a Miami —murmuró Susan.

—Cambié de idea y la seguí.

—¿Por qué? Yo no significó nada para usted.

—Digamos que después de lo que sucedió en Nueva York me considero responsable de su seguridad. Usted vino aquí huyendo de aquellos hombres, tal vez de su marido también. Me mintió cuando dijo que no tenía ningún lugar concreto a dónde dirigirse... Intentó esquivar mi taxi cuando llegó y estuvo a punto de lograrlo porque me pilló de sorpresa... No imaginaba que fuera usted tan astuta y resuelta.

—¡Dios! ¿Fue usted quien me siguió a mi llegada?

—Ni más ni menos.

—Entonces... ¿Cómo me han encontrado ellos?

—¿Quiénes, señora Loughman? —Ignoro quiénes son...

—Ya entiendo. Los vio anoche.

Ella casi se derrumbó.

—¿Anoche? —jadeó, ahogándose—. ¿Quiere decir que anoche estaban aquí?

—En la calle. Uno de ellos era alto, delgado y vestía de oscuro. Estoy seguro que era el mismo individuo que vi en aquella ocasión persiguiéndola.

—El hombre del traje marrón...

Su voz se ahogó.

—Bueno, si no los vio usted, ¿cómo sabe que la han localizado?

—Porque me llamó por teléfono un hombre horrible anoche. Dijo que iba a matarme..., dijo cosas terribles.

—Ya veo. Pretenden derrumbar su resistencia, desmoralizarla, asustarla hasta el delirio. Pero si solo quisiera matarla no la hubiera prevenido por anticipado. ¿Es usted rica, señora; posee dinero propio?

—Sí..., sí, claro.

—Entonces es ahí donde apuntan los tiros de esos bastardos, sean quienes sean.

—Si solo fuera eso... usted no sabe...

—Cuénteme lo que sea y podré ayudarla.

Ella sacudió la cabeza.

—No puedo, créame —musitó.

Ryder esbozó un gesto de impaciencia.

—Recuerde que estoy aquí solo para ayudarla.

—¿Por qué?

El parpadeó.

—No lo sé, sería muy largo de explicar. Yo acababa de abandonar un sistema de vida que... Pero eso no importa ahora.

—¿Se enamoró de mí, acaso?

—Me impresionó cuando la conocí. Es usted muy bella y no me importa confesar que, por lo menos, la deseé. Luego ha sucedido algo que ha hecho cambiar mis sentimientos, pero solo en lo que se refiere al deseo, o al amor si usted quiere. En lo tocante a protegerla todo sigue igual, pero usted debe permitírmelo.

—¿Otra mujer, eso le hizo cambiar respecto a mí?

—Así fue.

Ella sonrió con tristeza.

—Es mejor así, Ryder. Usted me ayudó, salvó mi vida, pero ahora ya no puede hacer nada más por mí. He de afrontar mi propio

destino.

Dany no pudo contener un gesto de desesperanza.

—Por lo menos acuda a la policía —exclamó.

—Tampoco ellos pueden ayudarme.

—Entonces, ¿qué hará usted sola contra esos hombres?

—Si se trata de dinero, les pagaré.

—¿Y si quieren algo más de usted?

—Usted mismo ha dicho que solo pretenden desmoralizarme, asustarme hasta el delirio... Confío en que haya acertado.

—Señora, usted me desespera. ¿Tampoco quiere pedirle ayuda a su esposo?

—¿A semejante miserable? Mire, no me sorprendería que fuera él precisamente quién está detrás de esos canallas que me acosan.

—En ese caso, más motivo aún para que acuda a la policía.

—No podrían hacer nada... no me creerían porque es algo tan espantoso que, a veces, dudo que haya sido realidad alguna vez.

—Entonces, ¿no quiere confiar en mí?

Ella sacudió la cabeza.

—Usted tampoco me creería.

—Pruebe a ver.

—No. Todo hubiera podido ser muy distinto si nos hubiésemos conocido antes... años atrás. Usted es un hombre distinto, fuerte, en el que una mujer podrá reposar en todo momento y en cualquier circunstancia. Ahora ya es demasiado tarde.

Desalentado, Dany Ryder se dio por vencido.

—De acuerdo, usted gana, señora.

Se dirigió a la puerta seguido por Susan. Allí, ella susurró:

—Gracias por todo, por su ayuda, por su aliento... Nunca le olvidaré.

—Ya es un consuelo —dijo él con amargura.

Estrechó su mano advirtiéndole que temblaba. Luego, giró sobre los talones y se fue. Aún oyó cerrarse la puerta a sus espaldas, y el chirrido de la cerradura y los cerrojos.

CAPÍTULO XIII

Peter Loughman miró en torno a la habitación del hotel en que acababa de inscribirse. Se sintió complacido porque era lujosa y cara, aunque de cualquier modo pensaba permanecer muy poco tiempo en Newsbick.

Al fin sacó un papel del bolsillo. Solo había un número de teléfono en él. Lo disco en el dial y esperó.

Una voz de hombre gruñó a través del auricular:

—¿Quién llama?

—Loughman.

—Se ha retrasado usted.

—No me hable en ese tono, Kazan. Sigue cobrando mi dinero, así que está a mi servicio.

—Parece nervioso, señor Loughman.

—Lo estoy, pero aún estoy más impaciente que nervioso. Tengo la impresión de que usted ha dado largas al asunto.

—No era una cosa fácil, ni mucho menos. Pero ahora le aseguro que su mujer está a punto para conseguir de ella lo que usted quiere sin dificultad.

—Eso espero, pero insisto en que le ha llevado mucho tiempo.

—Ya le dije que lo haría a mi modo. ¿Qué sabe de la policía de Nueva York?

—Se tragarón el anzuelo. ¿Cómo diablos consiguió usted embadurnar de tal modo aquellas ropas?

Oyó una especie de risita al otro lado del hilo.

—Secreto profesional, señor Loughman. Ahora, tome usted nota de una dirección. Le esperaré a las nueve de la noche.

—Adelante.

—Long Street, doscientos. Es una calle comercial donde alquilé un despacho. No se retrase.

—De acuerdo.

Colgó, nervioso y satisfecho a la vez.

Al fin iba a obtener la fortuna de Susan, librándose de ella al mismo tiempo. Nunca más soportaría sus estallidos, sus celos, sus desvaríos absurdos, su tacañería ridícula. Mucho más ridícula contando con una fortuna que rondaba los tres millones de dólares.

Se frotó las manos, abrió la maleta para cambiarse de ropa y empezó a silbar entre dientes.

Peter Loughman era un hombre feliz.

Susan se retorció las manos. Sus dedos crujieron y ella miró una vez más el mudo teléfono. Había perdido la cuenta de las horas perdidas sentada al lado del aparato, dominando su angustia, ahogando el miedo y la ira, tratando de pensar.

Pensar no era fácil. Su mente se había convertido en un caos donde el terror lo inundaba todo. En ocasiones le parecía como si su mente se desdoblara volviéndola al pasado, a la sangre y a la muerte, a la angustia y al dolor.

Vio fundirse la luz del sol y caer el crepúsculo que oscureció la estancia donde esperaba. Creyó que sus nervios ya no podrían soportar más aquella situación, aquella espera, aquella incertidumbre.

Con las primeras sombras de la noche sonó el aparato.

Dio un salto y descolgó el auricular de un zarpazo.

—¡Sí, hable! —jadeó.

—Esta noche, señora Loughman.

Contuvo el aliento.

—¿Esta noche qué?

—Morirá. O vivirá. Eso va a depender enteramente de usted.

—Pero ¿qué quiere de mí?

—Su firma. Solo su firma, señora.

—Ya comprendo... Mi firma en un cheque.

—Oh, no. Nada de cheques. Dejan un rastro tan ancho como una autopista. Además, se puede cancelar hasta por teléfono. No, señora Loughman. Su firma en un documento y en una orden de pago.

—Comprendo. ¿Cuánto?

—Ya lo verá. Desde luego, bastante dinero. Usted es una mujer rica, está al borde del abismo, y debe pagar al único hombre en este mundo que puede hundirla hasta el infierno.

—¿Cuánto?

—Le repito que lo verá en su momento.

—Está bien. Dígame solo una cosa. ¿Es usted el hombre delgado, vestido con un traje marrón?

Oyó una risa sarcástica.

—El mismo, señora. Me vio en cada ocasión, ¿eh? Porque en la calleja estaba demasiado oscuro para que pudiera verse ni la punta de la nariz...

—Usted me golpeó en aquella oscuridad.

—Yo nunca corro riesgos inútiles, mi querida señora Lougman.

—Ha ganado usted... ¿Qué he de hacer?

—Esperar.

—¿Otra vez?

—La visitaré esta noche, alrededor de las diez. Primero la llamaré por teléfono. Entonces, usted saldrá de la casa hasta el porche y esperará allí, donde yo pueda verla bien. ¿Comprende?

—Sí.

—A cambio de su dinero le traeré algo que la hará feliz. Pero no pida ayuda, no intente escapar porque lo sabré. Y nada de armas. ¿Está claro? —Le esperaré.

—Estoy seguro que lo hará —dijo la voz.

Luego, el teléfono quedó mudo.

Susan se hundió en la silla y cubriéndose la cara con las manos estalló en sollozos.

El sargento Wendell sacudió la cabeza.

—Aún no comprendo cómo lo perdí. Pero hubo mucho tumulto en la estación, teniente, y se me escabulló.

—De modo que el señor Lougman decidió venir a Newsbick también... ¿Se dio cuenta de que le seguían?

—Descubrió a Correll, tal como estaba previsto, y le dio esquinazo mucho antes de llegar a la estación de Nueva York. Pero no me vio a mí. Se consideró seguro cuando pudo librarse de Correll.

El jefe Maloney rio entre dientes.

—Fue un buen truco —comentó.

Estaban en su despacho los tres, después de un día agotador.

Nedick gruñó:

—Necesitamos tener localizado a ese tipo, aunque sin delatarnos. ¿Puede usted encargarse a uno de sus hombres que

pregunte en los hoteles si se inscribió Peter Lougman?

—Será fácil. No hay muchos, ya sabe.

—Sobre todo, que no le alarmen. Que el agente advierta a los empleados sobre eso. Es importante, porque si se considera seguro no adoptará tantas precauciones, y quiero saber qué hace en todo momento.

Maloney llamó a uno de sus ayudantes y le dio las instrucciones precisas.

Alrededor de las nueve de la noche recibieron el informe salido media hora antes. Según el portero, Lougman le había preguntado por una calle del centro comercial. La calle Long.

—Eso queda muy lejos de la casa donde está su mujer —comentó el jefe Maloney, perplejo—. A estas horas, la mayoría de calles del centro están desiertas porque no hay más que comercios y oficinas.

—Esperaremos a que regrese, y a partir de ese momento nos ocuparemos de tenerlo vigilado cada minuto del día y de la noche.

Nedick ignoraba que no volvería a ver a Peter Lougman nunca más.

Por lo menos, vivo.

CAPÍTULO XIV

Al hombre que le franqueó la entrada no lo había visto nunca.

—¿Dónde está Kazan? —Gruñó de mal talante.

—Le espera. Siga este pasillo. Encontrará una puerta abierta al final. Allí está Kazan.

Refunfuñando entre dientes, Lougman se internó por el penumbroso pasillo.

La puerta abierta correspondía a un sencillo despacho de los que suelen alquilarse amueblados. Willi Kazan, el hombre alto, delgado, con su traje marrón, estaba sentado sobre un ángulo de la mesa.

—Entre, señor Lougman —dijo, acercándose a la puerta y cerrándola—. Ha sido usted muy puntual esta vez.

—Al grano, Kazan.

—Siéntese.

—Estoy bien de pie. ¿Quiere entrar en materia de una vez?

—Muy bien, como guste. Yendo al grano, su mujer será acusada de dos sangrientos crímenes.

—¿Auténticos? —se asombró Lougman.

—Vaya pregunta. ¡Claro que auténticos! ¿De dónde diablos cree que procedía toda aquella sangre en sus vestidos?

Lougman palideció.

—Yo no le dije a usted que llegara hasta el asesinato en este asunto...

—Le advertí que trabajaría a mi modo. Aunque entonces no conocía aún a su mujer ni sabía lo que ahora sé. Facilité las cosas a dos tipos que alguna vez se había atravesado en mi camino para que pudieran chantajearla, ¿sabe? Necesitábamos un motivo para las muertes. Cuando la policía siga el buen camino que les trazaremos sin que lo adviertan, lo descubrirán.

—Es usted retorcido como el demonio. ¿Qué más?

—No conviene que ella sea interrogada, claro. Los polizontes son

expertos en hacer las preguntas más inconvenientes. Así que habrá un suicidio y una confesión. Una confesión detallada, terriblemente detallada, y con mucho arrepentimiento espontáneo. Una obra maestra.

Lougman rio entre dientes.

—Por primera vez estoy convencido de haber empleado bien mi dinero.

—El dinero de su mujer, señor Lougman.

Este hizo una mueca.

—Eso no era necesario que lo dijera, Kazan.

El hombre del traje marrón sacó un folio escrito a máquina de un cajón de la mesa y lo tendió hacia Lougman.

—Firme aquí; es para cubrirme a mí, al tiempo que soluciono su problema.

—De eso no habíamos hablado nunca.

—Le hablo ahora.

—Déjeme leerlo primero. ¿Cree que nací ayer?

—Bueno.

Lougman comenzó a leer el escrito. Su rostro palideció hasta la raíz de los cabellos, para adquirir luego un color ceniciento.

Boqueó fuera de sí.

—¿Qué condenada traición es esta? —pudo exclamar al fin, la mirada fija en los renglones escritos—. ¡Esta es *mi* confesión de dos crímenes terribles! Todo lo que antes achacaba a mi mujer, aquí lo confieso yo...

—Ni más ni menos.

Levantó la mirada lleno de cólera. Sus ojos tropezaron con el cañón del pequeño revólver y bizqueó, asustado.

—¡No sea loco, Kazan! —balbuceó—. Eso no puede salirle bien.

—Deje eso de mi cuenta. Soy un tipo que cuida mucho los detalles, ¿sabe? ¡Firme!

—¿Para qué me mate después? Usted ha perdido la chaveta.

—Mire, tengo un socio ahí fuera. Es un tipo con la cabeza apollada. Solo se siente feliz cuando ve retorcerse un tipo, con todos los dolores del infierno en sus entrañas. Le aseguro que si le dejo en sus manos chillará pidiéndome que le pegue un tiro.

—Escuche... —Lougman estaba sudando a mares—. Aumentaré el dinero..., le daré más del que ya cobró mucho más...

—Su mujer subirá hasta las estrellas tratándose de dinero. Ella es la dueña de la caja, ¿no? Me entenderé con ella... a mi modo.

—¡No puede hacerme eso a mí! Hicimos un trato, Kazan...

—Todos los días se rompen tratos. Hasta los gobiernos lo hacen sin que ocurra nada. ¡Firme!

El revólver emitió un chasquido. Lougman vio alzarse el percutor y se quedó sin respiración, aletado.

Tras él escuchó también un carraspeo. Al volver la cabeza vio al hombre que le había recibido. Los ojos de aquel individuo eran como dos cuentas de cristal.

Kazan gruñó:

—No vamos a esperar toda la noche, señor Lougman.

Este se dejó deslizar sobre una silla porque sus piernas se negaban a sostenerle. Intentó suplicar y tropezó de nuevo con el revólver amartillado, con los ojos duros de Kazan fijos cuál los de una serpiente.

Tras él, el otro forajido comentó:

—Estamos perdiendo el tiempo. Deja que me ocupe un poco de él... solo unos minutos, Kazan.

—Dale una última oportunidad. ¿Qué decide, Lougman?

El aludido sacó un bolígrafo de oro del bolsillo, atrajo el papel hacia sí y firmó.

Las fuerzas le abandonaron y cayó de bruces sobre la mesa enterrando la cara entre los brazos, Lloraba.

Kazan retiró la hoja de papel. Lougman no vio el revólver cuando descendía hacia su sien derecha.

El seco estampido de la pequeña arma apenas atravesó las paredes del despacho. El edificio estaba desierto a esa hora, de todos modos, así que no preocupó en absoluto a los asesinos.

—Asunto terminado —dijo Kazan limpiando el revólver cuidadosamente con un pañuelo. Luego, lo introdujo entre los dedos de la mano derecha del cadáver asegurándose de que quedaban sus huellas impresas por toda la superficie del arma y, finalmente, dejó caer esta cerca de aquellos dedos crispados.

La sangre que brotaba de la sien agujereada manchó un extremo de la falsa confesión.

No llegaría a empaparla lo suficiente para que no pudiera leerse.

—Ya podemos marcharnos, Gould.

Abandonaron el despacho sin prisas. No había nada tras sí que pudiera apresurarles. Solo un cadáver...

Susan descolgó el teléfono al primer timbrazo. La voz siniestra de su comunicante dijo:

—Ya puede salir, señora Loughman.

—¿Ahora?

—No tardaré más de diez o quince minutos. ¿Recuerda las instrucciones?

—Sí.

—Nada de armas.

—Ya lo sé.

—Recuerde quien soy. Conmigo no valen trucos, ¿sabe?

—Solo saldré fuera y esperaré.

—Eso es.

Colgó. Había llegado el momento. El pánico la dejó rígida como una tabla. Con pasos de sonámbula se encaminó a la puerta. Al acercarse a esta titubeó, incluso variando de paso.

CAPÍTULO XV

Kazan salió de la cabina telefónica.

—Está como un guante —comentó, riendo.

—¿Vas a entrar solo en la casa?

—Claro. Tú te quedarás fuera guardándome las espaldas. No quiero sorpresas.

—Está bien. ¿Cuánto crees que podrás sacarle?

—Por lo menos un cuarto de millón. Más cantidad en una orden de pago, aunque sea certificada, escamaría a los banqueros.

Gould puso los ojos en blanco.

—Creo que me retiraré con mi parte —dijo.

—Yo también. Vamos.

Tardaron ocho minutos en llegar ante la casa. Kazan señaló una densa zona de sombra y susurró:

—Te ocultarás ahí, Gould. No creo que aparezca nadie, pero si alguien trata de llegar a la casa líquídalo. ¿Entendido?

—Seguro.

—Ya nos ocuparemos después del fiambre.

Kazan se internó por el sendero de grava hacia la casa. Distinguió la silueta de la mujer erguida en el porche, sola y desamparada. Se convenció a sí mismo de que todo saldría bien.

Gould se deslizó hacia el lugar indicado por su compinche. Esperar le crispaba, sobre todo si no podía fumar como en esta ocasión.

Rechinó los dientes. Odiaba tener que desempeñar un papel tan pasivo como este. Si por lo menos apareciera cualquier idiota del que ocuparse...

El que apareció no era ningún idiota.

Tampoco apareció, abiertamente, por la entrada.

Se le antojó un pedazo de sombra desgajándose del macizo que le ocultaba a él, una aparición fantasmal, increíble y centelleante...

Gould era un buen profesional. No gritó ni perdió tiempo. Hundió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron en torno a la empuñadura del cuchillo automático, su arma preferida.

Entonces, el firmamento estalló como una llamarada. Las llamas parecieron penetrarle en el costado y supo sin ninguna duda que acababan de hundirle las costillas...

Hubo otro mazazo. Un golpe atroz en un lado del cuello. Ya no sintió nada, ni siquiera dolor, porque Ryder, a pesar de haber controlado la potencia del golpe para no matar esta vez, le sacudió lo bastante fuerte para que durmiera durante mucho tiempo... si sobrevivía, por supuesto.

Cuando Ryder se apartó de su víctima, aún pudo ver a las dos figuras que desaparecían por la oscura entrada de la casa; apenas dos sombras movibles en medio de las tinieblas.

En el quicio del portal, Kazan dijo:

—Usted primero, señora. No puedo soportar verla detrás de mí.

Ella avanzó como un robot hasta el interior, quedándose junto a la puerta para cerrarla cuando él hubiera entrado.

Kazan emitió una risita.

—Usted me considera un enemigo y, en realidad, le he hecho un gran favor esta noche...

—¿Pretende que firme sus papeles en el porche? —le atajó ella.

—Claro que no, pero no puede culparme si adopto precauciones. Aunque espero que cuando sepa lo sucedido me lo agradecerá.

—¿A usted?

—Su marido ha muerto, señora. Digamos que se suicidó después de firmar una confesión en la que se declara único culpable de las muertes de Harold Berry y Jerry Hoffman. Teniendo en cuenta que él planeaba deshacerse de usted, espero que sea generosa a la hora de firmar su orden de pago.

Ella se había quedado helada. Vertiginosas imágenes danzaban en su mente, una vorágine sin nombre ni control.

—¿Usted..., usted hizo eso? Pero si él no...

—Usted y yo sabemos que él no lo hizo. La policía, en cambio, se dará por satisfecha con la confesión. Habrán solucionado su difícil caso con la mayor facilidad del mundo.

En la penumbra, Kazan vio el brillo de los ojos de aquella mujer y escuchó su voz.

—Firmaré —musitó Susan—. Todo lo que quiera...

—Estaba seguro que lo haría.

Entonces, Kazan avanzó resueltamente. Pasó junto a la mujer y entonces sus pies se enredaron en una delgada cuerda tendida a través del vestíbulo. Trastabilló antes de caer de bruces. Oyó el golpe seco de la puerta al cerrarse y se revolvió violentamente, rabioso, buscando en la axila la pistola automática que utilizaba.

Entonces la vorágine estalló.

Vio el chispazo del cuchillo en alto, la cara desfigurada por la demencia y la cólera que descendía también hacia él y gritó.

Pudo sacar la pistola. El cuchillo le golpeó salvajemente la muñeca casi cercenándola y el arma escapó de sus dedos, sin fuerza, mientras él aún trataba de esquivar aquella furia desatada.

Sintió un golpe en el costado, y un océano de dolor penetrándole como una ola.

Rodó sobre sí mismo. El cuchillo ya no relucía en la penumbra... estaba rojo. Kazan aún se maldijo por dejarse atrapar en aquella trampa que él mismo había preparado otras veces... para otras víctimas, no para él.

La hoja de acero chasqueó al golpear los huesos de su mejilla. Ansió la muerte como nunca ansiara otra cosa, solo para terminar el horrendo suplicio..., los golpes aún seguían cayendo contra él, desgarrándole en medio del burbujeo de la sangre y del sordo gruñido de aquella mujer convertida en diabólica diosa vengadora, sumergida en la más sangrienta locura imaginable...

Ya no sentía dolor, pero todavía conservaba una leve conciencia... luego, el acero le atravesó el cuello y ya no sintió nada, a pesar de que el acero siguió empapándose de sangre una y otra vez, hasta agotar las fuerzas del brazo que lo manejaba, el brazo de una voluntad demencial, ciega y sorda para cuanto no fuera matar.

Sorda a los golpes que retumbaban en la puerta, a los gritos de Daniel Ryder pidiéndole que abriera la puerta.

Ya no oía nada. No quería oír nada. No ver nada, solo sumergirse al fin en la oscuridad y el olvido donde no hubiera nada, ni sangre ni muerte, ni gritos ni dolor...

Sus piernas se aflojaron, dio un traspié dejando caer el empapado cuchillo y al fin se desplomó sin fuerzas sobre el enorme

charco de sangre donde quedó inerte.

Cuando volviera a la vida no recordaría nada. Como otras veces, como siempre, buscaría el refugio protector del subconsciente.

Fuera, Ryder reventó al fin una ventana y se disponía a penetrar en la casa cuando una voz tras él gritó:

—¡Quieto ahí o disparo!

Se volvió poco a poco. Vio la inconfundible silueta de un policía de uniforme, y las de dos hombres de paisano.

—Está bien, solo intentaba ayudar a la mujer que vive ahí. No estoy armado.

—¡Levante los brazos!

Obedeció y le registraron.

—¿Quién es usted, dónde vive, qué estaba haciendo en este jardín?

—Demasiadas preguntas a la vez. Me llamo Ryder, y vivo en un apartamento de esa casa de ahí enfrente. Estaba en la calle cuando oí gritos. Llamé a la puerta y nadie acudió a abrir, así que decidí entrar de todos modos.

—Hágalo detrás de nosotros en todo caso, señor Ryder.

Penetraron en la oscuridad. Nedick encendió la luz al fin y atravesaron una pequeña biblioteca dirigiéndose al vestíbulo.

Cuando encendieron la luz todo el horror que les esperaba apareció ante sus ojos espantados sin paliativo alguno.

Nedick emitió un sordo juramento.

—¡Otra vez! —balbuceó, rabioso—. Debí preverlo y no darle tiempo..., pero el informe del psiquiatra de esta mujer llegó demasiado tarde...

Ryder tardó un poco en comprender.

—¿Ella? —jadeó.

—Efectivamente...

—¡Pero si también está muerta, empapada de sangre!

—¿Cómo quiere que no lleve sangre encima después de esta carnicería? Pero está viva. Una jugarreta de su cerebro enfermo hace que después de una orgía de sangre como esta se aislé, olvide. Ni sepa siquiera que ha sido ella quien ha cometido semejante barbaridad... Bueno, esto es trabajo nuestro, señor Ryder. Salga de aquí, pero no deje su domicilio hasta que hayamos hablado de nuevo con usted.

Daniel retrocedió temblando por primera vez en su vida. Atravesó el jardín olvidado incluso del hombre que había derribado. Sentía un dolor sordo en el corazón, porque él hubiera podido amar a aquella mujer de no surgir Deedee en su vida.

Doris.

Su recuerdo despejó un tanto las brumas de su cerebro. Casi corrió a su encuentro, ansiando estrecharla entre sus brazos, aferrarse a esa dulce realidad que abría nuevas y maravillosas perspectivas hacia un futuro del que, ahora sí, estaba decidido a desterrar toda violencia.

Cuando llegó al apartamento de la muchacha, Deedee le esperaba con sus cálidos brazos abiertos.

Se refugió en ellos y olvidó.

FIN

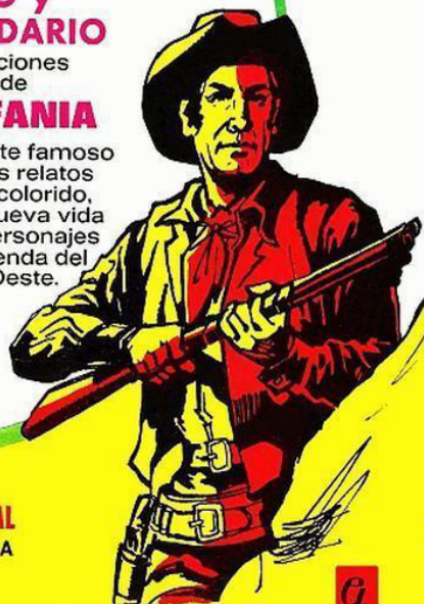
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

